

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

Coordinación de la edición
UDP. Unión Democrática de Pensionistas y Jubilados de España

Textos
Equipo UDP

Imágenes
Archivo familiar

COORDINA:

MAYORES UDP

FINANCIA:

MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES Y AGENDA 2030
SECRETARÍA DE ESTADO DE DERECHOS SOCIALES
DIRECCIÓN GENERAL DE DIVERSIDAD FAMILIAR Y SERVICIOS SOCIALES

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Sanidad y Servicios Sociales

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

2022

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

“No te rindas por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se ponga y se calle el viento,
aun hay fuego en tu alma,
aun hay vida en tus sueños,
porque cada día es un comienzo,
porque esta es la hora y el mejor momento,
porque no estas sola,
porque yo te quiero.

Mario Benedetti

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

Índice

1-. Presentación 06

2-. Mujeres para recordar

Agustina Ruíz Villaluenga 10
Angelines Gómez Acedo 18
Carmen Escalante Izquierdo 26
Catalina Asensio Díaz 32
Constantina Rodríguez Llanos 38
Francisca Machuca Baños 44
Guadalupe Martín Conde 52
Inmaculada Cordero Rivas 60
Josefa Huertas Pacheco 68
Josefa Rodríguez Carretero 76
Laly González-Castell Zoydo 84
Margarita Gómez Santos 90
Mari Sol Márquez Álvarez 98
Mª de los Ángeles Cancho Ramos 106
Nélida Linera Arango 112
Paulina Gordo Quijada 120

Presentación

Qué gran noticia es saber que *"Memoria Viva"*, en su tercera edición, vuelve a requerir nuestra atención y mirada hacia estas mujeres extremeñas que nos permiten asomarnos a sus vidas y descorrer de nuevo el *"velo"* de sencillez que las cubre para descubrir tanto saber, experiencia, vivencias y amor que habita en sus memorias y corazones en ésta, su querida tierra extremeña.

En un mundo de inmediatez, flashes y luces efímeras, tantas veces dirigidas a personajes y situaciones de frívolo glamour, nos encontramos en estas páginas con personas reales, mujeres mayores que reclaman nuestra atención y nos hablan con sencillez y ternura de sus vidas, querencias, problemas y retos del día a día que todas ellas han afrontado, lejos de focos y estridencias.

En este libro queremos hacerles protagonistas de la vida, de las suyas, pero también de las nuestras, porque su trabajo, dedicación y compromiso hicieron posible las nuestras, las de muchas personas, hijos, hijas, nietas y nietos que tanto les debemos. Las luces que hoy les ofrecemos desde esta publicación son las de nuestras miradas y corazones.

¿Qué vamos a encontrar en estas páginas que estás a punto de abrir? Vamos a encontrar a 16 mujeres extremeñas, todas ellas mujeres que han transcurrido sus vidas con energía, optimismo y entrega a sus familias, vecinos y vecinas. Vidas marcadas por la dureza de la carestía que les tocó vivir. Ellas aprendieron desde niñas a enfrentar el presente, levantarse cada mañana para afrontar el duro trabajo y dedicación de cada día. Y lo hicieron sin perder la alegría, el humor y el amor por los suyos.

Son mujeres valientes y fuertes, que han transmitido con convicción a sus descendientes la sabiduría que las pequeñas cosas encierran, el aprendizaje que exige este mundo a quienes, como ellas, no nacieron con la vida resuelta y tuvieron que labrar cada momento para un día poder cosechar el fruto de su esfuerzo, sacrificio y dedicación.

Ser mujer es ya un reto. Vivir en el medio rural, una aventura a veces llena de adversidades que tantas personas desconocemos u olvidamos. Y ser mayor, el resultado de la resistencia y la fortaleza mantenida a lo largo de tantos años con entereza y optimismo. Mujeres, rurales y mayores. Este es su valor y el legado que necesitamos defender y proclamar.

Este libro, a lo largo de sus páginas, nos va a trasladar a unos cuantos lugares de esta bella Extremadura de gentes sencillas, trabajadoras y vitales. En cada uno de estos pueblos vamos a recorrer de su mano el espacio que albergó sus lugares, sus afectos, saberes y sueños. Tú, que tienes ahora en tus manos este libro, disfruta de ellas. Déjate llevar por sus palabras, atrévete a escucharles, aprende de ellas. Estoy segura de que su lectura te hará quererlas y, sobre todo, valorarlas.

Por último te pido, como mujer que soy, también mayor y rural, que te sumes a las voces de tantas mujeres mayores que buscan ser respetadas, valoradas y visibles. Sólo así haremos de nuestra sociedad un espacio para todas las edades en el que tengamos derecho a envejecer con autonomía y dignidad nosotras y todas las mujeres del presente y el futuro.

Inmaculada Ruiz Martín
Presidenta Nacional de UDP

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

2022

Agustina Ruíz Villaluenga

90 años
Cáceres

“Agustina Ruíz Villaluenga.
Con cascarones de bellotas en los dedos,
hilos, quesos,
y la vida de tantos animales.
Equilibrio a prueba de cántaros de barro,
Madre de leche.
Persona hogar.



Agustina Ruiz Villaluenga se siente querida. Sabe de lo que habla porque es experta en querer. Hermoso patrimonio.

Aconseja vivir cerca de los familiares, con cariño, amor y, muy importante, respeto.

En este momento, como ya no es tan fácil permanecer sola en casa, vive en la Residencia *"San Jorge Ciudad Jardín"*, en Cáceres, donde recibe con frecuencia la visita de hijos, de sus tres nietos y de uno de sus mayores orgullos, su bisnieto Marc.

En el centro ha coincidido con viejas amistades y ha creado nuevos vínculos, por lo que realmente se siente como en casa. Suele sucederle a las personas que han pasado gran parte de su vida siendo hogar para otros.

Agustina nació en Fresnedoso de Ibor el 28 de mayo de 1932. Fue la segunda de cinco hermanos, dos mujeres y tres hombres.

Aconseja vivir cerca de los familiares, con cariño, amor y, muy importante, respeto.

Su padre se llamaba Antonio y su madre Cándida. Ambos fallecieron muy jóvenes, a los pocos años de cumplir los 50 años.

Agustina narra como ella era pequeñita cuando su madre enfermó y hubo que hospitalizarla. Ante una situación tan delicada, su tía Ignacia entendió que lo más conveniente era que Agustina se quedase a vivir con ella. Se lo pidió a su madre y ella aceptó.





Su tía vivía en Cáceres. Se dedicaba a los negocios agrarios y ganaderos. Tenía vacas, cerdos, gallinas...

Incorporada al nuevo hogar, Agustina ordeñaba a las vacas para obtener leche y más tarde venderla. También hacía quesos, limpiaba a los animales y sus correspondientes cobertizos. También recogía aceitunas. Y como era una chica muy avispada y aprendía rápido, *"para evitar hacerme daño y que no se me rasgaran los dedos cuando estaba en los olivos, me ponía los cascarones de las bellotas"*. Tras la recogida de la aceituna se ponía muy contenta: le gustaba mucho hacer el aceite.

> ***"para evitar hacerme daño y que no se me rasgaran los dedos cuando estaba en los olivos, me ponía los cascarones de las bellotas"***

Rodeada de animales en su día a día, Agustina vivió multitud de anécdotas. Recuerda como estaba ella limpiando el establo de un novillo, *"se cerró la puerta y me quedó encerrada con él. Se me encaró y me quedé tan asustada que tuve que saltar por la ventana"*.

Pasado un rato, tras recomponerse del susto, volvió y continuó la limpieza como si nada hubiera pasado.



Agustina también se acuerda mucho de como ayudaba a parir a las vacas. Lo hace especialmente orgullosa de haber ayudado a tantos animales: "le ataba al choto las manos delanteras con una soga y cuando la madre empujaba y el choto sacaba la cabecita, yo tiraba de él y así le ayudaba a sacarlo".

Aprender, trabajar, jugar

Además de estar al cargo de estas tareas, Agustina fue al colegio "las hermanas de Cristo Rey". Allí le daba clases la hermana Matilde, de la que Agustina recuerda que era *"muy recta y muy dura"*. En cambio, la hermana Engracia, que daba clases a los chicos *"era más cariñosa"*. Todavía recuerda la suavidad de sus manos.

Cuando terminaba todas sus tareas, tanto las del colegio como las del campo y los animales, Agustina sacaba tiempo para jugar. Le encantaba entretenerse con una muñeca de trapo que hizo ella misma. *"La ropa de esta muñeca también la hacía yo, se me daba bien coser y, cuando podía, le hacía diferentes vestidos"*. En otras ocasiones, Angustina jugaba con su prima o salían a pasear por la finca.

Amasando la vida

Los quehaceres de Agustina fueron aumentando según iba creciendo. De jovencita ella era la encargada de hacer el pan. Cuando lo tenía preparado, lo debía llevar al señor Agustín y al señor Reyes, que tenían hornos para cocerlo. Después se lo llevaban a casa para comer todos: sus tíos, sus primas, unos sobrinos de su tío y ella. Por aquel entonces, sus padres seguían viviendo en Fresnedoso y, para que ellos también pudiesen hacer pan, su tía les enviaba harina con un señor del pueblo.

"...me tropecé en un hoyo y el que sería mi futuro marido, de nombre Juan, me agarró y evitó que cayera dentro."

Agustina, además, tenía entre sus tareas ir a por agua con cántaros de barro a la fuente de la Madrila. Llenaba tres cántaros y llevaba uno en la cabeza, otro en un brazo y el tercer cántaro en el otro brazo. Así, tan cargada y en riguroso equilibrio, tenía que llegar hasta su casa y, una vez allí, subir cuidadosamente las escaleras para que no se le derramase nada y no le regañase su tía.

A pesar de ser muy avispada y de intentar siempre hacer las cosas bien, Agustina recuerda algún que otro regaño de su tía. Por ejemplo, un día, *"que pasaba por la peluquería y vi una bicicleta en la puerta. Como no sabía montar, la cogí para probarla"*. Rápidamente le contaron a su tía que había cogido una bicicleta que no era suya y se enfadó mucho con ella. Agustina cree que seguramente ese es el motivo por el que ahora le gusta tanto ver a las chicas montar en bicicleta.

A Agustina le gusta mucho la festividad de la Virgen de la Montaña, ahora y siempre. Conserva bonitos recuerdos de la celebración. Explica como *"un año, subimos el grupo de amigos al Santuario para comernos el bocadillo y celebrar el día. Lo pasamos muy bien, pero al irnos para casa, cuando íbamos bajando la cuesta del Santuario, me tropecé en un hoyo y el que sería mi futuro marido, de nombre Juan, me agarró y evitó que cayera dentro."*

Él dijo a sus amigos: *"Esta chica tiene que ser para mí"* y ella, al escucharlo, le contestó: *"Eso que te lo crees tú"*.

A partir de ese momento empezaron a entablar conversación y surgió su romance. Quedaban todos los amigos para pasear por el Paseo de Cánovas y la calle Pintores. Ellos se quedaban atrás y se agarraban de la mano. Lo más bonito era la despedida, porque se daban un abrazo y, si podían, *"algún beso sin que nos viera nadie"*.

Tras varios años de noviazgo decidieron casarse. Fue un día muy feliz para todos. *"La ceremonia fue en Santiago. Yo iba vestida de beige claro y mi marido iba guapísimo de traje"*, explica.

La celebración de la boda fue una comida para los familiares y amigos más íntimos. Agustina recuerda como *"fue un día muy bonito y alegre"*. Algunos familiares les regalaron cestos llenos de verduras, hortalizas y *"algún que otro regalito que nos hizo mucha ilusión"*.

Al poco tiempo de casarse, Agustina se quedó embarazada de su primer hijo. Nació en casa con la ayuda de la comadrona, Dña. Antoñita.

A los pocos años nació su segundo hijo, también en casa y, por último, llegó la pequeña. Agustina recuerda que *"aguanté tanto en llamar a la comadrona, Dña. Antoñita, que cuando llegó, tenía a mi hija en brazos"*.

En uno de los nacimientos de sus hijos, el hijo de la vecina no paraba de llorar. Agustina pensó que el niño podía estar pasando hambre. Así que le dijo: *"tráelo aquí"*. Se lo puso en el pecho. Rápidamente el bebé empezó a mamar y dejó de llorar.



Del hilo a la hortaliza

Tenían un puesto de hortalizas y verduras en el mercado de abastos. Vendían todo lo que cosechaban en su huerta.

Al hablar del puesto, Agustina recuerda como un día subiendo las escaleras del mercado, un señor se le quedó mirando el trasero. Ella se dio cuenta, le tiró la cesta de verduras y le dijo: *"por mirón"* y se fue.

Compaginaba este trabajo en el puesto de verduras con labores de costura. Le encantaba coser y bordar. *"Hacía trajes de novias, ropita de bebe y mucha ropa para la gente de la calle"*. Por supuesto, toda la ropa de bebé de sus hijos la hizo ella misma *"comprando retales"*, añade.

> *"Hacía trajes de novias, ropita de bebe y mucha ropa para la gente de la calle".*

A sus empleos múltiples, se sumaba el de Juan, su marido, que trabajó con un camión. Así sacaron a sus tres hijos adelante, recuerda Agustina, que, al evocar viejos tiempos, acusa la añoranza por la falta de Juan, que murió en el año 2005. Y añade: *"Juan fue, es y será siempre, el gran amor de mi vida hasta que Dios me quiera llevar con él"*.



Angelines Gómez Acedo

78 años
Miajadas (Cáceres)

“Angelines Gómez Acedo.
Inasequible al desaliento.
Capaz de vivir en austeridad,
pero no de vivir sin celebrar la vida.
Cosa seria ser la abuela payasa
de Extremadura.
Tanto como convertir en familia
a todo el entorno.
Y dinamizarlo.
Creando vínculos.
Siendo red.



Organización de campamentos infantiles, escuelas de tiempo libre, en las AMPAS, dinamización en la Asociación de Mujeres, en la Cultural, payasa, cuentacuentos... Son solo algunos ejemplos de emprendimientos de Angelines. Los del pasado y los del presente. Una forma de estar en el mundo que atraviesa su vida, que refleja el vínculo que la une a la sociedad en la que vive y que define, al menos parcialmente, su manera de ser.

Angelines nació en Miajadas en 1944. La quinta de siete hermanos, respiró desde niña en su hogar el valor de la iniciativa que forjaría su carácter.

Su padre, Juan, natural de Montánchez, no solo era transportista. También administraba un surtidor de gasolina, un taller mecánico, una sala de baile y dos cines, de invierno y de verano.

> *Desde pequeña Angelines fue muy atrevida, un rasgo que le llevó a meterse "en líos y aventuras"...*

Su madre, María, natural de Almoharín, tenía a su cargo a varias costureras. *"Además, trabajaba en la sala de baile organizando eventos y llevando mi casa"*.



Crecer

Desde pequeña Angelines fue muy atrevida, un rasgo que le llevó a meterse *"en líos y aventuras"* en complicidad con su hermano Elviro. Recuerda muchos momentos entrañables compartidos con él: las carreras de burros, echar de comer a los guarros, excursiones en moto, ¡tantos entuertos!

De pequeña estudió en la academia mixta del pueblo. Los profesores, como era habitual en aquellos tiempos, eran muy estrictos.

Angelines recuerda como le gustaban *"especialmente los números, las matemáticas"*. De hecho de joven trabajó junto a su hermana Isabel en la oficina del taller mecánico de su padre.

A los 20 años Angelines conoció a Alfredo. Era un joven *"del reguerío"*. Así se les decía en aquel momento a los trabajadores de Agromán, la empresa que construyó los canales del pantano de Orellana.

Con 21 años y tras un corto noviazgo, se casaron. La pareja se trasladó a Cáceres. Allí nació su primera hija, Susana. Angelines recuerda como *"ese primer año de casada fue duro, ya que no conocía a nadie en la*



ciudad y además no era muy diestra en las tareas del hogar". Evoca como, gracias a la ayuda de una vecina, pudo aprender a poner los garbanzos al mojo antes de cocerlos o a hacer el café de puchero sin que se vertiera.

Algún tiempo después, en el año 1968 la pareja se instaló en Miajadas. Allí nacieron el resto de sus hijos: Eugenio, Silvia y Cristina.

En 1974 Angelines y Afredo se habían convertido ya en una familia numerosa. Entonces llegaron etapas de estrecheces económicas: *"Se juntaron los cuatro hijos en poco tiempo y el paro de Alfredo durante varios meses"*.

Pasado algún tiempo, Alfredo empezó a trabajar en las oficinas de una central lechera, en Valdivia. *"Las cosas mejoraron, aunque mantener a una familia numerosa con un solo salario nunca fue fácil"*, señala Angelines.

La pareja educó a sus hijos en austeridad, pero dejando siempre, por modesto que fuera, espacio para para las celebraciones de todo tipo: *"cumpleaños, fiestas, vacaciones..."*

Boutique Angelines

Aún con sus hijos todavía pequeños, Angelines decidió abrir una tienda de moda en su pueblo, la Boutique *"Angelines"*. Se introdujo de lleno en mundo de la moda y disfrutaba asistiendo a desfiles en Madrid o en Barcelona. Además, con el apoyo de su marido, organizaba desfiles de moda en Miajadas para presentar las colecciones de la temporada. *"En esos tiempos de profundo cambio que son los años 70, la boutique fue algo completamente novedoso en el pueblo"*, señala, y recuerda cómo *"consiguieron contar con la colaboración de los jóvenes del pueblo que se convertían en modelos de pasarela"*.

"En esos tiempos de profundo cambio que son los años 70, la boutique fue algo completamente novedoso en el pueblo"

La experiencia emprendedora funcionó hasta que Angelines acusó el cansancio compaginar el trabajo en la boutique y el cuidado de los hijos. Era demasiado y resultaba difícil. Entonces decidió cerrar la tienda.

Activismo social

El espíritu emprendedor de Angelines, rasgo de carácter posiblemente heredado de sus padres, y estimulado siempre por su esposo, siguió llevándola a impulsar



iniciativas variadas. Le resultaban especialmente motivadoras aquella que daban respuesta a las necesidades educativas, sociales y culturales de su entorno.

Con la recién estrenada democracia, Angelines crea, junto a otras mujeres, una asociación de *"Amas de casa"*. En el colectivo, las mujeres encontraban *"un lugar de diálogo donde compartir inquietudes, sentirse protagonistas; valoradas"*.

Durante la etapa escolar de sus hijos, Angelines y Alfredo fueron miembros del AMPA del colegio. Desde esta asociación fundaron una *"Escuela de padres comarcal"* con el objetivo de formar a los padres y madres del alumnado en recursos educativos.

Uno de los proyectos de los que Angelines se siente más orgullosa es el "Campamento Parroquial". Lo crearon en 1982 junto a los sacerdotes de la parroquia de Miajadas, Enrique y Agustín, y un grupo de jóvenes educadores.

Angelines recuerda cómo *"muchas familias del pueblo vivían del campo. La campaña de verano era la de mayor trabajo y no podían disfrutar de vacaciones con sus hijos"*.

El campamento ofrecía a los niños y niñas de Miajadas *"unas vacaciones de verano comunitarias, educativas y lúdicas".*

Angelines ha formado durante muchos años parte del equipo directivo. Desde entonces, y ha pasado mucho tiempo, el campamento sigue funcionando con monitores voluntarios.

En los años 80 Angelines fundó de la Escuela de Tiempo Libre *"Jálama"*, una de las primeras de Extremadura. Formaban a monitores de ocio y tiempo libre cuando en la región empezaba a regularse la formación necesaria para ejercer en los campamentos infantiles y juveniles.



A inicios de los 90 puso en marcha, junto a otros compañeros con experiencia educativa, la asociación cultural *"Takatá"*. Con este colectivo realizaban espectáculos de payasos. Recorrieron muchos pueblos de Extremadura. Además, impulsaron la primera ludoteca en Miajadas y se implicaron con las mujeres gitanas realizando talleres de teatro.

Cuando *"Takatá"* desapareció, Angelines continuó su labor con la asociación cultural *"Zaragata"*, que también realizaba espectáculos de payasos, formaciones de clown, sesiones de cuentacuentos y campañas de animación a la lectura.

La asociación *"Zaragata"* recibió en 2016 un premio regional de animación a la lectura por con proyecto *"Las Maletas Viajeras"*, especialmente por su metodología intergeneracional.

Con *"Zaragata"* Angelines llevó a una de las residencias de mayores y al Centro de Mayores de Miajadas, talleres de risoterapia.

Angelines matiza que *"Zaragata"* es uno de los grupos de artistas que componen en Extremadura la delegación

de *"Payasos Sin Fronteras"*. Precisamente por eso, desde la ONG han impulsado varias galas solidarias en la región. En todas, ella ha participado con mucha entrega e ilusión. Tanto es así, que en 2011 obtuvo, en el Festival *"Buey de Cabeza"* un reconocimiento muy especial como Abuela Payasa de Extremadura.

Mujer militante, ha encontrado como dar forma a su compromiso a través del tejido asociativo. A los colectivos anteriormente mencionados, hay que sumar otros, como el Movimiento Rural Cristiano, Cáritas o Alrex.

Familia, concepto inclusivo

Angelines es una mujer de familia. Cuida a quienes están en su entorno, ya sean familiares, amigos o vecinos, con especial atención hacia los más vulnerables.

Su casa es reflejo de su ánimo acogedor y sus puertas están siempre abiertas.

Se siente muy orgullosa de sus 4 hijos y 11 nietos. Le encanta tejer punto y ganchillo, cuidar sus plantas, pero lo que más disfruta son los momentos en los que está con sus familiares. Evoca como *"todos los veranos, en septiembre, la familia continúa reuniéndose al completo para pasar las vacaciones en una casa de la playa de Huelva y disfrutar así de unos días en familia"*.

Con su esposo, Alfredo, ya ha celebrado su 56 aniversario de vida compartida. Siguen disfrutando de *"una vejez saludable, con algún achaque, pero muy activos"*.

Se sienten felices por vivir en su casa, en un barrio con fuertes lazos de solidaridad vecinal que ellos sembraron y siguen promoviendo, pues, a día de hoy, siguen participando en varias asociaciones y lanzando proyectos de mejora de la vida en su comunidad.



Carmen Escalante Izquierdo

82 años
Los Santos de Maimona (Badajoz)

“Carmen Escalante Izquierdo.
Que vive el cambio.
Que es el cambio que quiere
ver en el mundo.
Maestra en mayúsculas,
más allá de lo normativo y lo etario.
Pedagoga del cariño.
Atenta a los aprendizajes
que regala ser abuela.



Ser maestra no es un oficio limitado al empeño en el aula unas horas del día, es una actitud que impregna toda la vida. Tampoco se ciñe a contenidos especificados en un currículo determinado, sino que, posiblemente, trasciende a lo normativo, a lo etario. Y brilla cuando lo ejercen personas apasionadas. Ha sido el caso de Carmen Escalante Izquierdo, Carmela para todas aquellas personas que la han tratado en alguna ocasión.

Su historia, que atraviesa Extremadura de norte a sur, comenzó en Plasencia. Allí nació un 11 de julio de 1940.

La suya era una familia trabajadora. Carmela fue la primera de dos hermanas. Su madre se llamaba Teresa y dedicó su vida a cuidar a su familia y su hogar. Por otro lado, su padre, de nombre José, tenía una fábrica de corcho donde se hacían tapones, colmenas, artesanía y tajos que, por cierto, aún se conservan. Se usan, tanto de asiento, como de alza.

Carmela, como hizo su hermana María Teresa, estudió en el colegio de La Inmaculada Concepción, en Plasencia. Su infancia transcurrió entre el colegio, los juegos en la plaza y la recogida de corcho en verano. Para ello se trasladaban a vivir a las fincas o a los pueblos de las zonas de saca de corcho.



Una apuesta por el conocimiento

Los años fueron pasando. Cuando Carmela terminó el bachillerato superior en la modalidad de letras, le llegó la oportunidad de hacer una sustitución en el mismo colegio, algo que, a la vez, le ayudó a conseguir trabajo dando clases particulares. Además, durante esos años, trabajó en la librería de unos amigos de la familia.

En el año de su 27 cumpleaños, un cambio de planes de estudio la llevó a estudiar magisterio en Cáceres, donde permaneció tres años. Fue una decisión difícil de tomar, por verse obligada a tener que abandonar su ciudad natal y un trabajo que le apasionaba, pero finalmente se marchó.

Carmela aprobó su oposición en la primera convocatoria a la que se presentó. Eligió su plaza en propiedad provisional como maestra en Feria, en la provincia de Badajoz.

Nuevos tiempos, nuevas ideas

A partir de las relaciones que entabló con sus compañeros de profesión en Feria, Carmela desarrolló su conciencia política y social, considerablemente feminista para la época. Conducía, fumaba, frecuentaba bares y pertenecía a diversos movimientos de izquierda, acciones que en los años sesenta en España representaban, cuando menos, una actitud atrevida. Carmela narra como fue tan estrecha la amistad que le unió a sus compañeros de entonces aquellos años, que, actualmente, siguen celebrando encuentros de forma habitual para no perder el contacto.

Carmela desarrolló su conciencia política y social, considerablemente feminista para la época.

Carmela impartió clases en Feria durante seis cursos. Fue precisamente en aquel tiempo cuando conoció a quien sería su marido, el santeño José Fernández Gordillo.



En 1977 se casaron en la ermita de la Virgen del Puerto de Plasencia. Ese mismo año ella obtuvo la propiedad definitiva de su plaza en Villagarcía de la Torre, donde fue nombrada directora. Carmela permaneció allí un curso y en 1978 llegó, mediante concurso de traslados, a Los Santos de Maimona.

Una vez instalado el matrimonio en los Santos de Maimona, mientras José trabaja en su taller mecánico, ella ejercía en el colegio *"Juan Blanco"*.

Terminado ese curso, Carmela pasó al nuevo colegio *"Romero Muñoz"*. Tras dos cursos más y el nacimiento de su único hijo, César, realizó el que sería su cambio definitivo hasta su jubilación y se fue al colegio *"Mauricio Tinoco"*.

Durante aquellos años Carmela potenció que el colegio fuera distinto y que, al pasar por él, los niños sintieran una experiencia más agradable y estimulante. Propuso mejoras, como por ejemplo, el uso de colores en distintos espacios del centro y, con el paso del tiempo, se convirtió en *"una maestra popular"*, ya que no se limitaba solamente a dar clases, sino también a enseñar a sus alumnos habilidades para su día a día, como pudiera ser atarse los cordones.

Carmela vivió de lleno el cambio en la forma de entender la enseñanza durante los años ochenta. Posiblemente por eso, ella y sus compañeros fueron pioneros en realizar actividades culturales y de ocio dentro de la escuela, desde carnavales, hasta la fiesta de las castañeras.

La gran pasión de Carmela siempre ha sido la escuela. Ha disfrutado de enseñar y de estar acompañada por niños y nunca ha parado de reinventarse.

La gran pasión de Carmela siempre ha sido la escuela. Ha disfrutado de enseñar y de estar acompañada por niños y nunca ha parado de reinventarse. Durante toda su carrera ha llevado a cabo una concisa formación continua, atreviéndose siempre a utilizar métodos educativos novedosos e, incluso, a desarrollar su propio material de enseñanza, tanto en infantil como en primaria.

La inquietud que no se jubila

Carmela se jubiló como maestra en el año 2001. Llegada esa nueva etapa, dedicó unos años a su familia. Además, su carácter inquieto, la llevó a participar en múltiples actividades en el seno de la asociación de mujeres de

Los Santos de Maimona: se recicló en el uso de nuevas tecnologías, aprendió a restaurar muebles, pulió sus habilidades en la cocina y se incorporó a un coro.



Todas estas nuevas relaciones propiciaron que se uniera a la junta directiva del centro de mayores. Allí retomó de nuevo su pasión por la enseñanza, esta vez con personas mayores que en su momento no tuvieron la oportunidad de acudir a la escuela o no pudieron realizar una formación más allá de la básica. Fue tal el éxito de su programa educativo, que tuvo que repartir en dos turnos a todas las personas interesadas en participar.

A principios de 2020 Carmela se convirtió en abuela de dos mellizas. Sin duda, ese ha sido para ella el mejor regalo que le ha hecho la vida. Lamentablemente, la situación sanitaria provocada por la pandemia impidió el contacto directo con el resto de la familia. Para evitar el disgusto de no poder disfrutar de sus nietas, Carmela y José hicieron el que sería su nuevo proyecto: un belén artesanal fabricado con productos reciclados. Gracias a ello pasaron el confinamiento entretenidos y más animados.

A día de hoy, Carmela mira atrás y sonríe al recordar su infancia y su juventud. Continúa con sus clases, participa activamente en el centro de mayores y viaja en cada ocasión que se le presenta. Además, lee todas las noches a sus nietas y les cocina sus recetas favoritas.

Catalina Asensio Díaz

80 años
Torrefresneda (Badajoz)

“Catalina Asensio Díaz.
Niña postrada.
Y entre amargas ausencias,
una herida que sanar.
Colona de afectos.
Sabia defensora de:
“que la belleza de la vida está en el amor,
el odio al semejante daña al espíritu,
y la paz es el estado natural del alma”.



El 22 de julio de 1942, mientras que los judíos eran exportados a Polonia, los británicos rechazaban la propuesta estadounidense de un desembarco en Europa y la Iglesia conseguía que se promulgara la exención del impuesto de transmisión de bienes de la Iglesia en España; un hombre, Pedro Asensio, obrero del campo, y una mujer, Teresa Díaz, dedicada a las labores domésticas, vivían ajenos a todos esos acontecimientos históricos. Tenían una misión mucho más importante y más urgente: traer al mundo a su tercera hija, Catalina.



Vivían en un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz llamado Navalvillar de Pela. Aunque Catalina no conoció a sus abuelos, ni maternos ni paternos, hizo las delicias de toda la familia y creció rodeada del cariño de sus numerosos tíos y primos.

Catalina conoció una infancia más sencilla, considerablemente distinta al resto de niñas de su edad

Catalina conoció una infancia más sencilla, considerablemente distinta al resto de niñas de su edad que, en su mayoría, se veían en la obligación de tener que trabajar y, por lo tanto, forzadas a dejar la escuela. En su caso no fue necesario, porque sus padres ganaban el suficiente dinero como para cubrir sus necesidades básicas.

La quietud

No puede decirse que Catalina fuese una criatura de naturaleza inquieta, pero cuando era niña, aproximadamente a los 10 años, tuvo un accidente y se rompió algunas vértebras. Eso la dejó inmovilizada de cintura para abajo.

Para tratarla en un Hospital de Madrid sus padres tuvieron que pedir un préstamo. Allí permaneció postrada en una cama durante 24 meses.

El imaginario de su corta edad empezó a girar en negativo, se convenció de que a causa de su enfermedad sus padres la habían abandonado *"y que me habían dejado a merced de las monjitas que en ese momento me cuidaban, pues en todo aquel tiempo no fueron a visitarme"*.

Catalina llegó a sentir rechazo por su familia. Se refugió en el cariño que recibía de las monjas y vio pasar los meses. Con el tiempo transformó su tristeza en rencor. Tanto fue así que cuando sus familiares fueron a recogerla, no quería volver con ellos.

> ***Tuvieron que pasar muchos años hasta que Catalina comprendió los motivos de aquellas ausencias tan amargas para ella***

Tuvieron que pasar muchos años hasta que Catalina comprendió los motivos de aquellas ausencias tan amargas para ella. Tardó en comprender que, aunque era una familia sin desvelos económicos, su estancia en el hospital fue muy larga y, los viajes a Madrid, un gasto que sus padres no podían asumir.



El propio camino

A los 14 años Catalina empezó a trabajar como aprendiz en una sastrería. Se escapaba después del trabajo, aún a sabiendas de la regañina que le caería si su madre se enteraba. Catalina acudía a los bailes que se hacían en la plaza del pueblo para festejar las bodas.

Fue allí donde un buen día conoció al que sería el amor de su vida y el padre de sus cuatro hijas: *"Allí estaba él, mi Paco, todo repeinado con sus ojos claros y esa sonrisa traviesa que me llegó hasta el alma"*. Catalina lo cuenta mientras su voz se quiebra y los ojos empiezan a brillar.

Paco era seis años mayor que ella. Aun no había hecho el servicio militar por lo que su noviazgo tuvo que extenderse hasta que él consiguió la licencia. Una vez casada, la

> *"Allí estaba él, mi Paco, todo repeinado con sus ojos claros y esa sonrisa traviesa que me llegó hasta el alma"*

pareja permaneció en Navalvillar de Pela durante algunos años más pero, finalmente, como solía ocurrir en aquella época, la familia se vio abocada a abandonar su lugar de origen para buscar un futuro mejor.



Por entonces eran numerosos los nuevos pueblos de colonización que estaban deseosos de acoger a trabajadores. Hernán Cortés era uno de ellos. Allí fue donde, gracias a un familiar, Paco consiguió trabajo *"en los forestales"*.

En aquel tiempo ya tenían a su hija mayor. El salario era bueno. Además se fueron a vivir a una casa en el campo, pero a Paco le ofrecieron un trabajo mejor pagado en otro de los pueblos nuevos *"y allá que fuimos, a Torrefresneda"*.

Empezaron su nueva vida con buen trabajo, buen sueldo y una casa en alquiler con luz y agua corriente dentro del núcleo urbano. Con el tiempo, tuvieron tres hijas más. Catalina compaginaba sus cuidados y educación con su trabajo. Es importante destacar que ella fue la primera mujer en Torrefresneda que empezó a cotizar como obrera. También ha sido la primera en jubilarse como tal.

Además de su doble jornada, Catalina participaba siempre muy activamente en todos los eventos que se organizaban en *"la gran familia que se forjó entre los colonos que se venían a Torrefresneda"*.

Paco y Catalina finalmente decidieron comprar la casa que en un principio habían alquilado y, desde allí, ver crecer apaciblemente a su prole. Lamentablemente Paco falleció. Catalina sabe que algún día será ella quien deje de vivir, pero se aferra al presente. *"De momento, quiero seguir disfrutando la vida al lado de mis hijas, mis yernos y mis nietos y nietas"*.

A ellos y los lectores de estas líneas, Catalina aconseja *"que vivan la vida teniendo en cuenta que lo que importa no es el dinero o los bienes materiales que puedas acumular; que la belleza de la vida está en las experiencias acumuladas y el amor de las personas que te rodean; que el odio al semejante daña al espíritu y que la paz es el estado natural del alma"*.



Constantina Rodríguez Llanos

95 años
Pescueza (Cáceres)

“Constantina Rodríguez Llanos,
Sentada a la luz de las sombras
agradece los frutos de la vida:
Un equipo a prueba de bombas,
redes humanas de confianza,
ver caer la tarde desde un columpio
en un árbol,
preparar bocadillos de pan con chocolate.
El amor de la familia.
En mayúsculas.
Eterna.





La tranquilidad y la serenidad son una forma de felicidad. Desde ese planteamiento, y desde la residencia de Pescueza, su lugar de nacimiento, Constantina Rodríguez Llanos, se dispone a narrar su historia de vida:

Nació un 3 de octubre del año 1927. Ella fue la segunda de cuatro hermanos llamados Miguela, Constantina, Alicia y Juan.

Su padre se llamaba Genaro. Fue zapatero, pero sufrió un infarto y a partir de entonces tuvo que abandonar su profesión y dedicarse al campo. Constantina sonríe al recordarle vareando los olivos.

Su madre, de nombre Josefa, se dedicó al cuidado del hogar, de sus hijos, y también de su propio padre cuando enviudó.

Constantina era muy pequeña cuando eso sucedió, pero constata que para que su abuelo no viviera solo, se trasladaron con él. A sus abuelos paternos, señala, no los conoció nunca.

Días de guerra e infancia

Constantina acudía a la escuela en su pueblo. Fue allí donde recuerda con cariño cómo aprendió a leer y escribir. Pero no solo: *"también aprendí a hacer punto y gancho"*.

Una de las experiencias de su infancia que más marcó a Constantina sucedió en el contexto de la Guerra Civil Española. Era por la tarde y ella estaba saltando a la comba en la plaza. De repente, se sobresaltó al escuchar llantos de mujeres. No sabía a qué se debían y, con la curiosidad propia de los niños, se acercó sigilosamente al círculo para escuchar. Fue así como supo que el joven por el que las mujeres lloraban era su propio tío, el hermano de su madre.

Nunca olvidará cómo corrió hasta su casa, ni sobre todo, el gran dolor que sintió al contárselo a su madre. No sería la única mala noticia que Constantina tendría que darle, ya que años después sería también la encargada de informarle del ahogamiento de su propio hijo Juan.



Una conversación de 80 años

Al terminar su paso por el colegio, Constantina empezó a trabajar con sus hermanas. Iban al campo a echar el trigo, cavar garbanzos, a coger bellotas unas veces y aceitunas otras. Fue por aquel entonces, con 16 años, cuando Constantina empezó a *"hablar"* con Genaro. Seis años más tarde se casaron.

Al año de haberse casado tuvieron a su primer hijo, José Luis, al que le seguiría Fernando. Constantina recuerda aquellos años como una etapa de muchísimo trabajo por parte de los dos, de ella y de Genaro, con quien siempre, nos cuenta, *"formamos un gran equipo los casi ochenta años que estuvimos juntos entre los años de noviazgo y de matrimonio"*.

Los tres primeros años de matrimonio Constantina y Genaro vivieron en la casa en la que ella había nacido. Allí mismo montaron un comercio.

El marido de Constantina, como lo fue su padre, era zapatero. Así que, en la parte de arriba de la casa, él hacía su tarea y abajo, tenían la tienda. No eran sus únicos negocios. Durante aquellos años también se encargaron de llevar el salón de baile del pueblo.

En aquel tiempo Genaro iba a Coria, que estaba a 20 kilómetros de Pescueza, dos veces por semana. Se desplazaba para comprar fruta y pollos frescos para el comercio. Con el paso del tiempo acabaron vendiendo todo lo que le encargaban en el pueblo y *"lo que empezó siendo un negocio de comestibles, terminó por ampliarse a la venta de ropa, calzado, material de costura o mercería"*.

El contrabando

De aquellos años de intenso trabajo Constantina relata, con gracia y con el sigilo de quien dice algo secreto, los detalles de los procedimientos del contrabando.

Recuerda como *"los portugueses venían algunas noches corriendo por la calle con café para venderlo"*. Constantina relata cómo ellos sabían tanto de la existencia del comercio de Constantina y Genaro, como de la destreza de él como zapatero. Así que entraban en su casa, subían a la parte de arriba con la luz apagada y *"allí intercambiaban el café por zapatos, cordeles, camisetas… o lo que pudieran necesitar"*.

Constantina narra entre risas como *"antes de irse, los contrabandistas se ponían los zapatos nuevos. Así, en caso de ser descubiertos por el camino, no perdían parte de la mercancía"*.

Vecinas de confianza

Entre el trabajo sin descanso, la amabilidad con sus vecinos y el cuidado de su familia, fue transcurriendo su vida.

Nadie tiene una mala palabra sobre Constantina en Pescueza. Representa la esencia de la *"vecina ejemplar"*. Prueba de la confianza que la gente siempre ha depositado en ella, es la cantidad de llaves de casas de amigos y vecinos que ha tenido guardadas por si alguna vez sus dueños las necesitaban.

Los años fueron pasando y sus hijos, José Luis y Fernando, estudiaron, primero en Pescueza y después en Cáceres. Mientras tanto, ella y Genaro siguieron con el comercio. Ambos se sentían muy queridos en el pueblo, tal vez, explica Constantina, porque ayudaban en lo que podían a todo el mundo, por ejemplo, a la hora de pagar. *"No teníamos problema con fiarle a la gente y que nos pagaran más adelante, cuando les viniera bien"*.

Cuando Genaro se jubiló comenzaron una nueva etapa de sus vidas que Constantina recuerda con gran felicidad. Por un lado, ya eran abuelos, por otro, se habían hecho una casa en su parcela donde acudían a pasar muchas y felices tardes con sus hijos y nietos.

Esos fines de semana, vacaciones o veranos, son para Constantina sus momentos más felices, *"sobre todo porque ya no teníamos las preocupaciones ni del negocio, ni de que no les fuera bien a los hijos"*.

Constantina y Genaro estaban tranquilos. Sentían que *"era el momento de disfrutar de la vida con pequeñas cosas como hacer un columpio en un árbol o tener preparados bocadillos de pan con chocolate para la merienda"*.

A la luz de las sombras

El verano de 2021 fue un año gris para Constantina. Perdió a su marido y a su hermana Alicia. Y con el peso de la tristeza, se fue a vivir a la residencia de su pueblo, Pescueza.

Allí, narra, se siente tranquila. Recibe muy a menudo visitas de toda la familia, tanto de sus hijos que viven en Cáceres y van al pueblo con mucha frecuencia, como de sus nietos. Además, se le ilumina la cara al contar que tiene dos bisnietos y una bisnieta.

Constantina se afana en mostrar las fotografías que sus familiares le envían al teléfono móvil. En realidad ella nunca ha tenido contacto con las nuevas tecnologías, pero ahora, con 95 años y con gran agilidad, sabe perfectamente como manejar *whatsapp* para encontrar las últimas fotografías que ha recibido y contemplarlas.

Cuando las mira piensa en Genaro. Le entristece que él, que *"era tan niñero"* no pueda disfrutar de sus bisnietos. Se consuela mirando hacia atrás y, al hacer balance, agradecer el hermoso tiempo de vida compartido.

Constantina rememora anécdotas, dificultades, experiencias, y llega a la conclusión de que *"la vida merece mucho la pena"*. A pesar de todo, incide, se siente feliz porque se siente muy querida.



Francisca Machuca Baños

88 años
Guadalupe (Cáceres)

“Francisca Machuca Baños.
Niña lista hasta sin ir a clase.
Experta en la malla.
En dar. En darse.
Madre coraje.
Abuela sonriente.
Que regala valores,
que atesora momentos.
Y a los suyos.



El amor no sabe de medidas. Tal vez por eso es tan difícil cuantificar el cariño, la ternura y, en ocasiones, los sacrificios que se hacen por los hijos. Lo sabe bien Francisca Machuca Baños, quien no duda en afirmar que ser madre y compartir su vida con sus hijos ha sido el gran regalo de su vida. Lo expresa con una sonrisa en su cara, un gesto que no se borra. Forma parte de su carácter risueño, fundamental para encarar con coraje las situaciones injustas ante las que Francisca no se amilana.

Francisca nació el día 29 de marzo de 1934 en Guadalupe. Su padre, llamado Galo, era albañil y su madre, de nombre María, se dedicaba a la crianza de sus hijos y de las interminables tareas del hogar.

La niña que supo aprender a leer

La menor de tres hermanos, Francisca creció en un hogar lleno de amor y de humildad. Reflejo de ello fue que pudo ir a la escuela. Eso sí, durante muy poco tiempo, ya que su madre no podía llevarla. Además su profesora le comunicó a su familia que Francisca *"no sería capaz de aprender a leer ni a escribir"*. Se equivocaba. Su madre le enseñó a leer en su propia casa. *"Me compraba un taco del corazón de Jesús, con oraciones y palabras de la Biblia y ese fue mi principal instrumento para aprender"*.



Las matemáticas no se le daban del todo bien. Nunca aprendió a hacer cuentas sobre el papel, *"pero cuando tenía que hacer la compra o pagos era capaz de hacer mis cálculos"*, presume. *"Nadie me engañaba"*.

La menor de tres hermanos, Francisca creció en un hogar lleno de amor y de humildad.

Entre risas, Francisca refiere que *"si me daban las vueltas de la compra de más me lo quedaba y no decía nada, pero si me daban de menos, lo decía"*.

El esfuerzo por salir adelante

Con mucho esfuerzo los padres de Francisca fueron capaces de sacar a su familia adelante y afrontar los problemas económicos. *"Hemos sido pobres, pero nunca hemos andado descalzas"*, recuerda Francisca.

De niña, la rutina de Francisca pasaba por ayudar a su madre en las tareas de casa: *"colaboraba en todo lo que podía"*, señala.

También tenía tiempo para jugar con sus hermanos y los *"amiguinos"*. Los domingos iba a misa de 11 con los demás niños y niñas del pueblo y después se quedaban un ratito jugando. Recuerda cuánto le gustaba jugar a la malla: *"Consistía en que una persona se quedaba contando de espaldas, mientras que los demás se escondían. La persona que no miraba debía encontrarlos y, ellos, salvarse de que los viesen"*.

Francisca evoca con felicidad el día de su Primera Comunión. Ella es una persona muy creyente y, tal vez por eso, observa como *"las celebraciones de entonces no tienen nada que ver con las que se hacen hoy en día."* En su caso, tras hacer la comunión, se fue a jugar con sus amistades *"como todos los domingos"*.

Formar el propio hogar

Con tan solo 13 años, Francisca conoció al que iba a ser su futuro marido. Se llamaba Manolo.

Ella y sus amigas se colaron en el baile y allí se encontraron con el joven que por aquel entonces tenía 16 años.

El padre de Francisca se negó a que ella *"hablase"* con él, *"pero a escondidas nos enviábamos cartas que entregábamos por medio de amigos y amigas"*.

El marido de Francisca se fue a hacer la mili y cuando volvió formalizaron su relación. Con 22 años, en diciembre de 1956, en pleno invierno, Francisca se casó con Manolo.

El recuerdo de su boda terminó por ser agridulce. Por entonces, la comida de la boda se realizaba en la casa de la familia del novio y, quien sería su futura suegra, llamó a la madre de Francisca, diciéndole que no podían acudir a la boda, ni ella, ni el padre de Francisca, ni los hermanos. Finalmente, solo fue el padre de Francisca, que no pudo sentirse arropada. El matrimonio se fue a su casa pronto, dadas las circunstancias, poniendo fin antes de lo previsto a su día de celebración de boda.

Francisca evoca su experiencia como madre como uno de los acontecimientos más importantes de su vida.

Con 23 años, Francisca fue madre por primera vez de un niño, José Manuel. Después tuvo dos hijas más, María Enemesia y Paquita.

Francisca evoca su experiencia como madre como uno de los acontecimientos más importantes de su vida. Aunque no olvida, eso sí, que pasaba miedo, *"ya que mi marido se pasaba el día fuera de casa trabajando y, al quedarme sola en casa, me sentía desprotegida"*. Por fortuna, Francisca siempre ha tenido a sus padres cerca para darle apoyo *"en todo lo que han podido y más"*. Pudieron hacerlo hasta que el matrimonio se trasladó a vivir a Coria.

Un cambio de trabajo de Manolo propició el traslado a esta localidad, donde Francisca refiere que no conocían a nadie.

Allí Francisca se dedicó al cuidado de sus hijos y a las labores del hogar, tareas no remuneradas, a las que ella dedicaba toda su atención.

Hijos y nietos: La alegría de su vida

Las navidades que vivían los hijos de Francisca eran diferentes a las que ella y su familia conoció. Se iban de Coria a Guadalupe para pasar las fiestas en casa de sus padres. Además podía comprarles regalos por el día de Reyes. Francisca recuerda como *"primero comprábamos aquello que era necesario para la escuela y para estar bien vestidos, y luego, si se podía, algún juguete"*.

Los hijos de Francisca hicieron la Comunión en Guadalupe. Ella se empeñó en que sus hijos disfrutaran



de un día feliz rodeados de su familia. Les compró sus trajes, preparó comidas y lo celebraron todos juntos. Francisca es consciente de que siempre dio a sus hijos *"todo lo que podía y estaba a mi alcance con el fin de hacerles felices"*.

Lo más importante que se esforzó por darles ha sido una buena educación, *"buenos valores basados en la bondad, la humildad, el trabajo y el esfuerzo"*.

> ***Francisca es consciente de que siempre dio a sus hijos "todo lo que podía y estaba a mi alcance con el fin de hacerles felices".***

Además, ella y su marido intentaron que sus hijos tuvieran estudios. La única que lo hizo fue su hija la menor. No obstante, los tres encontraron trabajos que les permitieron salir adelante. Además, los tres se casaron y regalaron a Francisca otro de sus grandes tesoros: ser abuela. Francisca refiere todo lo que quiere a sus nietos y confirma que, junto a sus hijos, son quienes le dan la alegría, lo más importante de su vida. Tal vez por eso, también su carencia ha protagonizado sus dolores más hondos. De entre los momentos más duros de su vida, Francisca recuerda el fallecimiento de su hija mediana y una de las hijas de ésta.

Hace cinco años, Francisca enviudó. La invadió una gran tristeza, pero gracias al apoyo de sus hijos, superó ese duro momento. Mirando atrás, evoca que el proyecto que construyó con su marido le dejaba un sabor un

> *El coraje y la dedicación de Francisca logró sacar a la familia adelante. Han sido su gran fuerza, a pesar de los golpes de la vida.*

tanto amargo: de un lado, tuvo que afrontar retos como mantener una relación a escondidas (gracias a una amiga lograron mantener vivo su amor); de otro, durante la crianza de los hijos, Francisca echó en falta en ocasiones a su marido, ya que él trabajaba fuera de casa y pasaba gran parte del día fuera del hogar. El coraje y la dedicación de Francisca logró sacar a la familia adelante. Han sido su gran fuerza, a pesar de los golpes de la vida.

Otro hogar, el de mayores.

Francisca solo lleva un año en el centro de mayores *"San Miguel"* de Navalmoral de la Mata, pero expresa que desde el principio se ha sentido integrada en la residencia y que le gusta mucho estar allí.

Disfruta asistiendo a las sesiones grupales de terapia





ocupacional porque que se mantiene activa, entretenida y trabaja sus habilidades cognitivas.

Además da paseos por el entorno, hace bicicleta en el gimnasio y descubre nuevas pasiones, como dibujar. Ella nunca lo había hecho y ahora es una de sus mayores aficiones.

Aunque necesita algunos apoyos, hoy por hoy, Francisca sigue luchando con esmero por realizar las actividades básicas de la vida diaria de manera autónoma.

Al hacer balance de su vida, la memoria de Francisca acude con enorme velocidad a la imagen de sus hijos. Señala que están muy pendiente de ella, la visitan continuamente y pasan juntos los fines de semana. Una imagen que, cambiante a lo largo de su historia, se parece mucho a su idea de felicidad.

Guadalupe Martín Conde

87 años
Vegas de Coria, Cáceres

“Guadalupe Martín Conde.
Precoz madre de familia.
Desde que cantaba el gallo
hasta el anochecer
Que sabe que libertad es capacidad para elegir, y en la pobreza no se puede.
Que da el pecho mientras coge aceitunas.
Que goza con los tambores que se oyen al otro lado del río.
Que carga el peso que el mulo no puede.
Que carga el peso del mundo.
Y se levanta. Una vez.
Y todas las siguientes.



Quien ha padecido carencias fruto de la pobreza sabe que *"lo material viene y va, que lo único que queda, que lo único que se recordará de nosotros, son los valores con los que vivimos"*. Así lo asegura Guadalupe Martín Conde, que afirma *"hay que ser buenas personas, es la mayor riqueza"*.

Guadalupe nació el 13 de Julio de 1935 en Nuñomoral. Fue la primera hija del matrimonio formado por Rufino Martín y Josefa Conde. Tras su nacimiento, el matrimonio tuvo cuatro hijos más, todos varones.

Su padre nació en la provincia de Salamanca. *"Recién nacido lo abandonaron en un hospicio y fue adoptado por una familia de este pueblo hurdano"*. En aquel entonces a los niños en esta situación se les conocía como *"los pilos"*.

Aún era pequeña Guadalupe cuando su familia se trasladó a otro pueblo a trabajar en el campo. Se llamaba Batuequilla. Fue al colegio, pero *"desgraciadamente con doce años tuve que salir del centro por la muerte de mi madre"*. Así, le tocó madurar hasta el punto de convertirse en la madre de la familia y asumir responsabilidades adultas como *"ocuparme de la casa, ayudar en el campo a mi padre o hacerme cargo de los hermanos pequeños…"* .

Hacer de madre

Cada día que pasaba, aumentaban las horas que Guadalupe dedicaba al campo y al hogar. Era tal su trabajo, que su abuela materna quedó al cuidado de los hermanos más pequeños.

> ***"lo material viene y va, que lo único que queda, que lo único que se recordará de nosotros, son los valores con los que vivimos"***

La situación económica de la familia llevó a Guadalupe a, con quince años, marchar a la siega. Se fue a la provincia de Salamanca y allí recolectó todo tipo de cereales. *"La temporada empezaba con San Juan y terminaban a finales de agosto. Recuerdo incluso llorar del dolor de cabeza por el calor que hacía y de las duras condiciones que teníamos, desde que cantaba el gallo, hasta el anochecer"*.

Al acabar la temporada de siega, comenzaba en su pueblo la temporada de aceitunas lo cual implicaba otro sobresfuerzo *"Acudía con otros vecinos. Todos me conocían y sabían que era muy buena en esta labor y siempre querían contar conmigo"*.

Pedir limosna

Con el paso de los años, dejó de ir a la siega, pero fue una decisión que supuso muchos sacrificios para su familia. De hecho, Guadalupe recuerda como, junto a sus hermanos pequeños, se vio en la necesidad de pedir limosna por los pueblos.



Guadalupe lo pasaba realmente mal, *"me daba mucha vergüenza tener que pedir comida y más aún, involucrar a mis hermanos en ello"*.

Saturada, un día llegó a su casa llorando y *"prometí a mis hermanos que no irían más a pedir limosna"*. Para evitarlo, habló con su padre y le dijo que *"iría a hacer carbón"*.

Como las mulas

Como el proceso de fabricación del carbón era muy largo, Guadalupe debía levantarse muy tempano. Por las mañanas se iba con el mulo a las montañas, a zonas donde hubiera cepas, y comenzaba el proceso: *"Primero había que sacar las cepas, después quemarlas. Tras ello, había que esperar a que se enfriase y, en ese momento, ya estaba listo para meterlo en sacos"*.

Una vez en los sacos, había que venderlo. Para ello *"hacíamos muchos kilómetros por medio de las montañas, y andando claro, porque el mulo iba cargado de sacos y yo, en ocasiones, también"*.

Tras jornadas así de largas, ya de noche, Guadalupe emprendía el regreso a casa. Allí, no tenía nunca la opción de tumbarse, relajarse y descansar. *"Tenía que poner algo de comer en la mesa"*.

Ni Gabriel ni Galán

Experta en multiplicar el tiempo para llegar a todo, Guadalupe también lograba en ocasiones divertirse, y *"los domingos, que había baile en el Rubiaco, al lado de mi pueblo, mis amigas y yo intentábamos ir"*.

Un día, al volver del baile, su padre le dijo que había un chico que estaba interesado en conocerla. Cuando llegó su pretendiente, Guadalupe se llevó un gran disgusto, especialmente porque era un hombre mucho más mayor que ella.

"los domingos, que había baile en el Rubiaco, al lado de mi pueblo, mis amigas y yo intentábamos ir".

Su padre mostró interés por el noviazgo *"ya que ese hombre trabajaba en el Pantano de Gabriel y Galán y tenía buena posición"*. Ella respondió literalmente *"ni me interesa Gabriel, ni me interesa Galán"*. Y sin añadir nada más se fue a su habitación.

Su padre no insistió. Todos en su familia conocían el carácter de Guadalupe y sabían que, ante una negativa tan rotunda como aquella, no había nada que hacer.

Formar un hogar

Una de las mañanas que Guadalupe estaba sacando las cabras con su vecina, *"un chico de Vegas de Coria, llamado Marcos, preguntó quién era yo. Decía que había escuchado hablar muy bien de mí y que quería conocerme"*.





De entrada, Guadalupe volvió a hacer alarde de su fuerte temperamento y le respondió: *"Estoy con las cabras. No tengo tiempo de conocer a nadie"*.

Eso, asegura Guadalupe, hizo que el joven Marcos *"quedara más prendado aún"*, y a partir de aquel momento, acudía al baile siempre que podía para intentar bailar con ella.

Poco a poco comenzaron las conversaciones. Marcos intentaba coincidir siempre con ella en el campo, donde charlaban largamente. Con 19 años formalizaron su noviazgo y al tiempo se casaron.

El matrimonio se trasladó a vivir a Vegas de Coria. Allí alquilaron una casa mientras construían con el esfuerzo de ambos la suya propia.

Ya trasladados al hogar que habían construido, tuvieron a sus dos primeros hijos: Salvador y Avelino. Con el tiempo levantaron una planta más en la casa y allí nacieron el resto: Aurora, María Jesús, Cristino, Rufino y José María.

Guadalupe recuerda el tiempo de la crianza de sus hijos con mucha felicidad. Para ella era fundamental inculcarles valores como la honestidad, el esfuerzo o la humildad, y lo hacía con esmero y dedicación.

Todos sus hijos pudieron ir a la escuela, pero tuvieron también que trabajar en el campo y en las tareas del hogar. *"Todos eran miembros de la familia, todos debían aportar ayuda"*.

Los golpes más duros

Lucha tras lucha, fueron transcurriendo los años, pero la vida no allanaba el camino a Guadalupe, que vivió varios reveses que le golpearon con fuerza:



Con 13 años, su hijo Avelino, *"cuando venía de coger aceitunas, se cayó del burro. Al poco tiempo, empezaron a darle ataques epilépticos. Le recetaron unas pastillas y en cuanto se las tomó, Avelino nunca más volvió a hablar"*.

Permaneció doce meses en el hospital de Cáceres. Guadalupe no se separó ni un momento de él, hasta tal punto que el cansancio hizo mella en ella.

Todo el mundo le recomendaba que se marchara a su casa para descansar unos días, lo necesitaba. Aunque ella era reacia a la idea, entendió que debía hacerlo, *"más que para descansar, para atender al resto de la familia"*.

Justo en esos días, Guadalupe recibió la terrible llamada que le comunicó que su hijo había fallecido.

El golpe fue tan feroz que Guadalupe enfermó. Su estado era tan preocupante que su marido la llevó a la consulta de un médico en Salamanca. Poco a poco fue recuperándose. Este episodio la convirtió en una mujer más valiente y humana aún. Tanto es así que, colaboró poniendo inyecciones cuando llegó a Las Hurdes una la enfermedad llamada *"la Coriana"*.

Upe enviudó muy joven. Cuando murió su marido (con 56 años), ella tenía 51. Una vez más logró que el dolor no la hundiera. Lejos de venirse abajo, sacó las fuerzas suficientes para suplir la falta de su marido y *"que en casa no faltara de nada"*.

Lo que probablemente no esperaba Guadalupe era tener que aprender a sostenerse en otro golpe de la vida más: su hijo mayor murió en un accidente de tráfico. El suceso hizo tambalear el equilibrio de toda la familia, *"pero con unión y apoyo, supimos seguir en pie"*.

Fue pasando el tiempo y todos los miembros de la familia salieron adelante. Todos, excepto su hijo menor, emigraron. Salieron del pueblo en busca de mejores oportunidades, aunque sin olvidarse de su raíz. Lo recuerda Guadalupe: *"me han ayudado siempre y han viajado al pueblo continuamente"*. Guadalupe sabe que están muy agradecidos por todos sus esfuerzos, y sabe también que su vida, rodeada de sacrificios y dolores hondos, *"ha valido la pena"*.

Actualmente Upe sigue viviendo en Vegas de Coria. Hasta hace muy poco se ocupaba ella misma de sus huertos, de sus gallinas y olivos. A día de hoy no puede hacerlo debido a sus problemas de movilidad, *"no porque haya perdido las ganas"*.



Inmaculada Cordero Rivas

80 años
Cáceres

“Inmaculada Cordero Rivas.
Rica en experiencias, el mejor tesoro que una se puede llevar.
En amigos, compañeros esenciales de viaje.
En noches bajo las estrellas,
En éxitos y fracasos a pie de campo, pero siempre cerca de su Club.
Líder natural.
Comprometida.
Viva.



Que la vida, por larga que parezca, se gasta y que merece la pena exprimir cada uno de sus momentos, es una de las inevitables enseñanzas que implica un encuentro, por pequeño que sea, con Inmaculada Cordero Rivas quien insiste: *"Sal, sal, sal a quemar las zapatillas y disfruta, porque al final de todo, eso es lo que nos vamos a llevar"*.

Valora con hondura el valor de la familia, pero destaca con vehemencia el de la amistad. *"Elegir muchas y elegirlas bien. Son quienes te van a acompañar en tu viaje"*, nos dice. Un viaje que Inmaculada goza más si es compartido, consciente de su belleza, pero también de su brevedad. Seguramente por eso exprime cada momento. Como ella misma señala: *"me apunto a un bombardeo"*. A lo largo de su vida han sido unos cuantos: Inmaculada Cordero Rivas nació el 7 de diciembre de 1942 en Cilleros (Cáceres), pero a lo largo de su vida vivió en multitud de destinos diferentes. Primero, por la profesión de sus padres. Más tarde, por la suya.



Su padre, Emiliano, era maestro y de su destino en Cilleros, pasó a Acebo, y de ahí a Villamiel. En el corazón de las Hurdes, su madre, Eulalia, montó una tienda de la que Inmaculada conserva dulces recuerdos de infancia y adolescencia.

> *"Sal, sal, sal a quemar las zapatillas y disfruta, porque al final de todo, eso es lo que nos vamos a llevar".*

A Inmaculada, en realidad, todo su entorno la conoce como *"Adita"*, ya que su madrina Eulalia, de tanto llamarla *"Inmaculadita"*, acabó por sintetizar el final del diminutivo.

Adita, la maestra

Cuando tuvo la edad adecuada para ello, Adita fue a estudiar interna a las Carmelitas de Cáceres. Sus padres querían que estudiara farmacia, pero ella tenía muy clara su vocación docente, así que les desobedeció y pidió una beca para estudiar magisterio. Cuando se la concedieron, su familia accedió a respetar su deseo.

> *Sus padres querían que estudiara farmacia, pero ella tenía muy clara su vocación docente*

Al termino de sus estudios, Adita trabajó como maestra interina en una escuela rural. Impartía sus clases en el campo a veintiuna niñas portuguesas. De aquella etapa recuerda que por las noches se entretenía bordando a la luz de un candil. Eran otros tiempos.

También dio clases en un lugar que conocía bien, Villamiel, donde curiosamente fue maestra de su propia hermana cuando ésta tenía 9 años.

Mientras Adita estudiaba para obtener su plaza como maestra, conoció al que sería su marido, Santiago; otro opositor que, como ella, también aprobó su oposición y de quien tuvo que estar separada un tiempo porque su destino estaba en Cádiz y el de Adita en Ciudad Real.

Otro destino por el que pasó Adita fue Albacete. Tras pasar una temporada allí, ya casada con Santiago, pidió una excedencia y se fue a vivir a Cádiz con él. Compartieron allí solo un curso escolar antes de volver juntos a Extremadura, en concreto a Deleitosa, aunque Adita reconoce *"que en Cádiz podría haberme quedado la vida entera"*.

En Deleitosa el matrimonio permaneció veinte años. Fue el lugar en el que nació su hijo, donde montaron una joyería. En definitiva donde *"construimos nuestra vida"*.



Camping: Un hotel de lona y entre amigos

A nivel laboral Adita tenía una vida muy activa. Su implicación le ayudó a fraguar entrañables amistades en cada destino en el que le tocó trabajar.

En otros ámbitos, la energía y el perfil sociable de Adita también destacaba. Un ejemplo de ello es su afición por salir de camping. Fascinada por la experiencia no tardó en hacerse miembro del *"Club Camping Caravaning"*. Para participar, tenía que *"arrastrar a su marido y a su hijo Santiago Fernando a las acampadas, reuniones nacionales y un sinfín de experiencias"*. Todas ellas le regalaron bonitas amistades e imborrables vivencias.

Activismos en cada nueva etapa

Cuando su hijo empezó bachiller, se fueron de Deleitosa a Cáceres para poder vivir con él mientras cursaba sus estudios. Durante este tiempo, Santiago y ella trabajaban en Cañaveral, así es que *"cada día íbamos y veníamos"*, con el objetivo de terminar el día en Cáceres con su hijo.



Pese a no vivir en Cañaveral, Adita se implicó mucho en su comunidad, hasta el punto de que en poco tiempo se convirtió en la presidenta de la asociación de amas de casa. El hecho de vivir en Cáceres no le impidió participar en Cañaveral de numerosas actividades. De hecho, muchos días después de sus clases, enseñaba a bailar jotas, sevillanas, hacía teatro, organizaba excursiones, etc.

Al poco tiempo, Adita y Santiago obtuvieron su plaza en Cáceres capital. Ese fue su último destino hasta que los dos se jubilaron.

Tras muchos años de docencia, infinidad de alumnas y alumnos de multitud de pueblos, la recuerdan. En todos ellos dejó huella.

Adita dejó de ejercer su profesión a los 59 años. Por méritos acumulados ya podía dejar de trabajar y en ese entonces era lo que deseaba, ya que su marido estaba enfermo y ella quería dedicarse en cuerpo y alma a cuidarle.

...negociaba con sus amigas para que, al menos los fines de semana alternos, pudieran ir a ver los partidos. "Un fin de semana al fútbol, otro al cine"

Adita se quedó viuda a los 65 años. Cuando sucedió, había compartido con Santiago casi 50 años de su vida.

Días de fútbol

Cáceres, la localidad en la que Adita finalizó su carrera profesional fue el lugar en el que, durante su adolescencia, vio nacer una de sus grandes pasiones, el fútbol.

En su etapa de estudiante de las Carmelitas, Adita conectó con este deporte, aunque quizá lo correcto sería decir que se enamoró de *"El Cacereño"*. Tanto era así, que negociaba con sus amigas para que, al menos los fines de semana alternos, pudieran ir a ver los partidos. *"Un fin de semana al fútbol, otro al cine"*.

Su pasión no se achicó con el paso del tiempo. Muy al contrario ha sido uno de los ámbitos donde más energía ha derrochado. Con su marido y con su hijo no se perdía ni un solo partido, *"jugaran en Cáceres o en otros lugares"*.

Adita y su familia iban a todas partes siguiendo a su amado Cacereño. Tanto era así que un día tomando algo en Pozoblanco, la localidad donde jugaba el equipo en aquella ocasión, el Presidente del Club

los reconoció y tras la oportuna conversación, dio comienzo una relación que terminaría con Adita en la directiva del Club.

Su llegada la originó un proceso al que se presentaron dos listas con sus respectivos equipos directivos candidatos. Salió victoriosa la suya y Adita se convirtió de este modo en la primera mujer que formó parte de la directiva del Club en toda su historia y la primera mujer en España en ser tesorera de un club en categoría nacional.

Su andadura en ese rol duró doce años. Hubo cambios en la presidencia y, aunque le ofrecieron continuar con su labor, ella decidió retirarse con el resto de sus compañeros de la anterior directiva y facilitar la nueva etapa del que siempre sería su Club.

Tras sus años de dedicación apasionada al fútbol, y fiel a ese rasgo de carácter que le llevaba a implicarse íntegramente en cada proyecto que emprendía, comenzó a vincularse con el Centro de Mayores *"Peña del cura"* para participar en el coro y en el grupo de teatro. Apenas un año más tarde ya era presidenta de la Junta de Gobierno del Centro de Mayores. En este momento son ya casi cinco mil socios. Adita sigue al frente del colectivo. Suma ya cinco legislaturas y no se cansa.



Un entusiasmo que no mengua

A día de hoy, con 80 años, Adita mantiene sus amor por el camping, *"aunque ahora en vez de ir con la caravana suelo quedarme en un bungalow"*. Narra que durante diez años fue la única mujer viuda en el Club del camping, pero *"nunca quise dejar de lado mis amistades"*. De hecho las cuida y mucho. Buena fe de ello puede dar otro grupo de amigas con quienes se va en verano a la playa, o las amigas con las que a diario juega a las cartas. Sin olvidar a *"las del coro, la junta directiva de la asociación, o las de teatro"*. Por cierto, pendientes todas de un inminente estreno.

Cuidar los vínculos

El modo con el que Adita protege los vínculos con sus amigos se reproduce con su familia. Sin pereza para moverse, Adita viaja por toda la geografía nacional para visitar con asiduidad a sus primos, con los que le gusta reunirse siempre que puede.

A su hermana la tiene siempre cerca, tanto en Cáceres como en Villamiel, donde pasaron su infancia y donde, años más tarde, se construyeron juntas una casa.

Que el ritmo no pare

Mujer activa e incansable, lo mismo ha disfrutado preparándose para obtener el título de socorrista, que el de monitora provincial polideportiva, *"solo por amor al arte"*.

Adita ya tiene planificado un crucero para el próximo mes de febrero, otro viaje para marzo y no pierde de vista la salida a la playa con sus amigas en verano. Son los únicos motivos por los que hace la excepción de no ir a ver jugar a su Cacereño, al que por supuesto sigue cada fin de semana allá donde va. A veces la acompañan su hijo y su nuera, otras veces va sola. *"El caso es no faltar"*.

...una de las máximas que Adita destaca por encima de todo a lo largo de su vida: "estar presente, implicarse, participar".

Es una de las máximas que Adita destaca por encima de todo a lo largo de su vida: *"estar presente, implicarse, participar"*. Está convencida de que *"entregarse a los demás y dar lo mejor que una tiene para contribuir a crear grupos en los que la gente disfrute de la vida es maravilloso"*. Tan sencillo y tan dicharachero como *"quemar zapatillas"*.

Josefa
Huertas Pacheco

88 años
Zorita (Cáceres)

“Josefa Huertas Pacheco.
Atravesada por una infancia en guerra.
Por una pasión, la docencia.
Por los cambios de destino que marcan el propio destino.
Luchadora a contracorriente.
Que saca pecho en el campo,
al volante, en la vida.
Pionera en la ruptura de caminos
que ya no suman.
Lideresa,
que sabe que jubilarse no es parar,
y que cada etapa de la vida,
esconde un regalo.





Las experiencias vividas moldean el carácter de quienes las protagonizan. Por eso, al conocer a Josefa Huertas Pacheco, su decisión, su capacidad de lucha y su valentía, es inevitable preguntarse qué acontecimientos la empujaron a desarrollar tal fortaleza. Muchos de ellos están recogidos en el libro que ella misma escribió hace unos años: *"Josefa, historia de una vida",* donde se detalla cómo fue capaz de superar grandes obstáculos en su camino y luchar a contracorriente *"en un mundo en el que pisaba más avanzada que su tiempo"*. Sea este un resumen aproximado de su trayectoria:

Josefa nació en Zorita el 22 de Diciembre de 1933. Fue la mediana de tres hermanas. Sus padres se llamaban Enrique y Ramona.

Su madre fue maestra, por lo que Josefa pasó poco tiempo en su pueblo natal. Un cambio de destino de su madre provocó que se fueran a Alcollarín.

Durante los diez primeros años, Josefa pasaba los veranos entre Abertura y Trujillo, su pueblo materno. Al comienzo del curso escolar regresaba al pueblo. La mayor parte de este tiempo lo compartía con su abuela materna porque era viuda y solo contaba con ese núcleo familiar.

Recuerdos de infancia

El padre de Josefa tuvo que marcharse a las trincheras para luchar en la Guerra Civil Española. Josefa Recuerda todo lo que eso supuso. Aún hoy evoca *"como los soldados estaban por todos lados, infundiendo miedo entre las familias"*.

Josefa recuerda además que su madre impartía clases a niñas sordomudas en su casa. Cuando escuchaban los disparos señalaban con un *"bumbum"* hacia la calle.

> ***...por ser la hermana del medio, no tenía dormitorio... "antes las hermanas del medio, no contaban".***

Puestos a recordar, Josefa narra como en la casa en la que vivían había cuatro dormitorios. Uno era de sus padres, otro de su hermana mayor, otro de la menor, y, por último, el de su abuela. Ella, por ser la hermana del medio, no tenía dormitorio, así que compartía habitación cada noche con una de sus hermanas. Desde entonces duerme en el larguero de la cama. Josefa refiere que *"antes las hermanas del medio, no contaban".*

Los traslados se sucedían. El siguiente fue a Madroñera, donde permaneció viviendo cuatro años. Josefa recuerda como *"hacía trastadas mientras jugaba con mis hermanas, como cuando vertimos un candil de aceite encima de un tapete de mi madre y lo destrozamos"*.

También evoca como, por ser la más pequeña de tamaño en casa, su madre la mandaba a entrar en un horno que había en el corral para coger los huevos que ponía la gallina que tenían. A ella le angustiaba entrar ahí porque era un sitio muy pequeño. Desde entonces convive con la claustrofobia.

A los 14 años, Josefa se fue a Salamanca a estudiar en un colegio de monjas, donde permaneció hasta los 17 años. Se refiere a las monjas como a un martirio: *"nos bajaban a correr antes de acostarnos y a dar zapatazos para que se nos calentaran los pies. Las comidas eran fatales, una vez nos pusieron carne con gusanos y en las lentejas había bichitos".*

De Salamanca, Josefa fue a Cáceres con la finalidad de estudiar magisterio durante tres años. Estuvo viviendo en una pensión con la viuda del médico, *"ya que era difícil arrendar habitaciones por las creencias religiosas de aquella época"*. Su madre le ayudaba económicamente todo lo que podía. No era fácil para ella, sobre todo por el gasto tan elevado que suponía para ella afrontar la

compra de medicamentos para el padre de Josefa, que regresó enfermo de la guerra.

Ser mujer en el campo

Cuando terminó la carrera, Josefa volvió a Madroñera. Le decepcionó enormemente la situación que encontró en casa. Su padre, que seguía enfermo, *"empezó a ser exigente, caprichoso y egoísta y mi madre era la única encargada de todo"*.

Josefa pasó dos años colaborando en las tareas de casa y del campo, hasta que le dieron su primer destino como maestra. Un tiempo más que suficiente como para comprobar el plus de dificultades a las que debía enfrentarse en el día a día una mujer en ese oficio.

> ***Cuando terminó la carrera, Josefa volvió a Madroñera. Le decepcionó enormemente la situación que encontró en casa.***

De hecho, Josefa narra como, por ser mujer, la intentaron engañar en varias ocasiones, sobre todo en los tratos de ganancia. Pero Josefa no se amilanó. Sacó su carácter más empoderado y demostró su valía a quien dudaba de ella.



Destinos

Su primer destino le llegó el 28 de abril de 1958. Se fue a Torrecillas de la Tiesa. Donde ganaba 1.500 pesetas al mes. Josefa narra que se buscó una pensión para vivir pero, cuando fue a la toma de posesión de su puesto como maestra, se percató *"de que la escuela no estaba terminada y estuve dos meses en casa, hasta que por fin la inauguraron"*. No obstante, Josefa no perdió el tiempo y se sacó el permiso de conducir. Estaba convencida de que era una herramienta que la ayudaría mucho; de un lado, porque aún estaba pendiente de nuevos destinos; de otro, para ganar independencia.

Su primer destino le llegó el 28 de abril de 1958. Se fue a Torrecillas de la Tiesa. Donde ganaba 1.500 pesetas al mes.

Un proyecto y un adios

En Torrecillas Josefa conoció a su marido, y, en el futuro, padre de sus hijos. Se casó cuando tenía 25 años, con una situación un tanto delicada porque su padre había fallecido recientemente y estaban de luto en casa.

Josefa recuerda como a su marido y ella *"nos emparejaron de una forma absurda"*. Cuenta cómo estaban sentados alrededor de una camilla, ella y su grupo de amigos. Un día llegó un último amigo. Había que hacerle hueco, *"y dependiendo hacia donde te apartases, pretendías a uno u otro. Me aparté a la izquierda y a partir de ese momento, comenzó a visitarme todos los días"*.

Aunque al principio ella no quería nada con él, la casera le empezó a decir *"que era buen chico y que le hiciese caso"*. Le hizo caso y, al tiempo, se casaron. El primer año de casados vivieron con su suegra y, al cumplir un año juntos, le dieron una casa para irse a vivir allí, al lugar en el que más tarde nació la primera hija del matrimonio. Sería la primera de los seis que tuvieron juntos.

No obstante, Josefa relata como la convivencia no fue la que esperaba. Tanto fue así que a los 50 años se separó de su marido. Josefa fue una las primeras mujeres que se divorciaron en Extremadura.

Al cuidado de los hijos y del alumnado

Durante sus años en Torrecillas de la Tiesa, fue destinada a varios pueblos de la zona. Recuerda como trasladándose a uno de ellos, clavado en las Villuercas,



aproximó con su coche a un tramo de la ruta diaria que le quitaba el sueño, *"se trataba de cruzar el río Almonte, donde aún no había pasarela ni puente por donde cruzar"*. Lo hizo vadeando por uno de los puntos más llanos, pero las lluvias caídas hacían que el caudal descendiera con más fuerza. Esa mañana su coche se quedó parado, *"no tenía teléfono y llevaba a mi hija menor liada en una manta en los asientos traseros"*. Allí permanecieron hasta que un transportista de la zona las rescató. Desde entonces ha aprendido a nadar en los cursillos de verano, pero no lo ha conseguido, a lo que añade entre risas: *"no sé porque los demás flotan y yo me hundo, le tengo pánico al agua"*.

> ***...a los 50 años se separó de su marido. Josefa fue una las primeras mujeres que se divorciaron en Extremadura.***

Las tareas de Josefa se han centrado a lo largo de toda su vida en su trabajo como maestra, en las tareas del hogar y en el cuidado de sus hijos. Al pensar en ellos, Josefa evoca con amargura uno de los peores momentos de su vida: enfrentarse a la muerte de uno de sus hijos.

Nuevos tiempos

Tras su divorcio, Josefa volvió a instalarse en Madroñera, donde continúo ejerciendo en activo como maestra 16 años más. A los 66 años se jubiló, pero su carácter activo e inquieto, le llevó a liderar una concejalía en el Ayuntamiento de Madroñera y a convertirse más tarde en Teniente Alcalde.

Mientras tanto, participaba en diferentes asociaciones, presidió incluso la de mayores. Además disfrutaba al implicarse en actividades culturales como el teatro, el cante o excursiones culturales.

A día de hoy, Josefa reside en el centro de mayores *"GERYVIDA"*, en Cáceres. El empeoramiento de su autonomía ha hecho que hace seis meses llegara allí. En su nuevo hogar, Josefa *"muestra una actitud afable con todo el equipo, con sus compañeras y siempre se siente motivada para participar en las actividades"*.



Josefa Rodríguez Carretero

81 años
Zafra (Badajoz)

“Josefa Rodríguez Carretero.
En brazos de la Nana.
De luna de miel en Colonia.
Con tres carreras y ninguna,
pero sabia a raudales.
Y solidaria.
Que conserva con mimo
su caja de canciones perdidas.
Y siempre, un libro abierto.



Josefa Rodríguez Carretero hace gala de toda la gente que la quiere, tanto en Zafra, como en Maguilla o en La Lapa. Cree que se debe a que sabe escuchar y a que, incluso teniendo prisa, no deja a nadie con la palabra en la boca, sino que se preocupa por sus problemas y les ayuda en lo que puede. Eso pasa tan poco frecuentemente que, quien lo vivencia, no puede por menos que devolver un sincero afecto. En esta ocasión, el espejo se da la vuelta y es ella quien narra su historia de vida.

Pepita, como a ella le gusta que la llamen, nació en Puebla de Sancho Pérez (Badajoz). Su padre trabajaba como mancebo en la farmacia de don José.

Precisamente, don José fue su padrino. Como aún no estaba casado con su novia, doña Pepita, ella no pudo ser su madrina, ya que las normas de la Iglesia de entonces no lo permitían. Así que fue sustituida por doña Clotilde, la madre del padrino. Pepita y sus hermanos la conocieron siempre como su querida Nana. Por la razón que fuera, vivió siempre con los padres de Pepita y por eso siempre ha dicho que ella tenía tres abuelas: la abuela Micaela, que era la madre de su padre; la abuela María Josefa, que era la madre de su madre y su abuela Nana, que era la que estaba siempre en su casa.

Crecer con la Nana

Nana fue quien le enseñó a leer. En solo tres años Pepita *"ya leía de corrido"*. Además, le enseñaba también los números, poesías, canciones. Muchas se las cantó años más tarde a sus hijos y, ahora, a sus nietos. Pepita recuerda que son temas de finales del siglo XIX y principios del XX y que no quiere que se terminen por perder.

Pepita estudió en un colegio de monjas que había en el pueblo. Más tarde, en la escuela pública con doña Josefa, que además, la preparó junto a otros niños y niñas para hacer la Primera Comunión.

Nana fue quien le enseñó a leer. En solo tres años Pepita "ya leía de corrido". Además, le enseñaba también los números, poesías, canciones.

Cuando Pepita tenía 9 años su padrino vendió la farmacia y compró otra en Llerena. Al mismo tiempo puso un botiquín en Maguilla, donde había médico, pero no servicio de medicamentos. El encargado de atender ese botiquín fue el padre de Pepita, que se llevó, por supuesto, a su familia y a la Nana.

En su nueva localidad, Pepita estudió un año en una de las escuelas para niñas del lugar, en concreto con la maestra doña Paquita. Cuando cumplió los diez años, sus padrinos decidieron pagarle los estudios y Pepita empezó a estudiar el ingreso para Bachillerato. Lo hizo de la mano de un maestro de Cáceres que ejercía en Maguilla y que preparaba a dos alumnos más. Ese curso incorporó a Pepita y a otra chica. Más tarde tendrían que ir a examinarse al instituto de Cáceres. Cuenta Pepita que entonces fue cuando viajó por primera vez en tren. Y, no menos sorprendente, resulta conocer que *"también por primera vez, conocí como salía agua de un grifo"*. Algo que vio por primera vez en la pensión en que se hospedaban.

Ciencias y letras

Pepita cursó ingreso, primero y segundo. Más adelante, sus padrinos insistieron en que estudiara interna en un colegio en Sevilla. Pepita conserva un buen recuerdo de las Carmelitas, el centro en el que estudió tercero, cuarto, reválida de cuarto, quinto, sexto, reválida de sexto y preuniversitario. Aún hoy Pepita conserva el contacto con algunas amigas entonces. Hasta se reúnen de vez en cuando. Conversan a través de un grupo de *whatsapp* y se saludan a diario.

Sus padrinos dieron a Pepita la opción de estudiar la carrera que quisiera, menos Magisterio, que por entonces se consideraba *"una carrera de pobres"*.

Pepita recuerda como *"al terminar la reválida de 4º había que elegir entre ciencias o letras, pero eran las monjas las que decidían"*. Pepita cree que con ella cometieron un error. *"Me dijeron Carretero, porque me llamaban por mi segundo apellido, a Ciencias"*.

En realidad, ella no se veía capacitada para las carreras de ciencias, matemáticas, física, química…y sí para letras. Pero no vio opciones para propiciar un cambio. Y como de ciencias la única carrera que le gustaba y que creía que sería capaz de hacer era medicina, cuando aprobó el preuniversitario, se matriculó en la Facultad de Medicina de Sevilla.

Allí estudió el primer curso selectivo y el segundo condicional hasta que aprobó la asignatura de anatomía de primero.

Alemania

Antes de terminar el preuniversitario, Pepita conoció al que sería después su marido. Se trataba de un cacereño 8 años mayor que ella que estudiaba 3º de Perito

Industrial. Cuando terminó su carrera, como no quería dedicarse al negocio de su padre, peletero, y como era una época en la que en España no había trabajo, decidió irse a viajar por Europa.

Estando en Alemania, en Colonia, se quedó sin dinero y buscó trabajo. Gracias a su preparación encontró pronto un puesto de verificador en la fábrica de coches Ford Werke. Así que le propuso a Pepita que preparase todos sus papeles para que, cuando volviera en navidades, se casaran y se pudiese ir con él.

...la pareja se casó tras casi 4 años de noviazgo. "Fue una ceremonia exprés, porque el cura tenía que irse de caza"

Y así lo hizo Pepita. No sin el disgusto que supuso para sus padres y padrinos que dejara estudiar.

Pepita recuerda como su madre decía: *"es que ya va a cumplir 21 años, va a ser mayor de edad y entonces va a poder hacer lo que quiera…"* Así que, con el beneplácito de todos, la pareja se casó tras casi 4 años de noviazgo. *"Fue una ceremonia exprés, porque el cura tenía que irse de caza"*, cuenta Pepita.

Su luna de miel, como es de imaginar, fue en Colonia.

La idea de inicio de Pepita era haber seguido estudiando Medicina en Alemania, pero para ello tendría que haberse trasladado a Munich. Ante la idea de tenerse que separarse, lo descartaron.

Frente a esta nueva dificultad y lo elemental de su alemán, los equipos de



orientación de la Universidad alemana le aconsejaron que se matriculara en filosofía, sobre todo "con la idea de estar oyendo y practicando el idioma un montón de horas al día". No obstante, no llegó a ir a clase mucho tiempo. Pepita cuenta que *"hacía muchísimo frío, ¡llegábamos a 24º bajo cero ese invierno!"* y además se quedó embaraza.

El alemán que Pepita aprendió lo fue estudiando ella sola, *"pero calentita en casa"*, cuenta Pepita. También mejoró con el trato con los compañeros de su marido, los médicos, con la dueña de la casa, los empleados del supermercado... Pepita recuerda esta etapa como un tiempo precioso. Allí hicieron amigos españoles, alemanes. Y allí, en concreto en la Clínica para Mujeres de la Universidad de Colonia, nació también su primera hija, Águeda Juliana.

...tras dos años fuera una oferta de trabajo para su marido en motores Diter, en Zafra, les motivó para regresar.

Pepita reflexiona. Cree que hoy en día quizás no hubieran vuelto a España, pero entonces, tras dos años fuera... una oferta de trabajo de Perito Industrial Mecánico para su marido en la fábrica de motores *Diter*, en Zafra, les motivó para regresar.

Volver

Y así fue como llegaron a Zafra, una ciudad que Pepita sabe parte esencial de su vida. En Zafra nacieron sus otros 8 hijos y donde los crió en una suma interminable de momentos dulces y amargos. Es en el cementerio de Zafra donde reposan los restos de su marido y de su hijo Eloy-Manuel, que falleció en un accidente de coche con solo 28 años. Pepita no se olvida ni un solo día de él.

A Pepita le cuesta hablar de experiencias que haya vivido ella sola porque durante muchísimos años han sido, ido y participado de todo siempre juntos, ella y su marido. Lo más importante para ellos era ver felices a sus hijos, apostar por sus estudios universitarios, *"aun pasando muchas necesidades económicas y quitándonos de muchos caprichos"*.

En todas las etapas académicas el matrimonio siempre estuvo muy pendiente de sus hijos. De hecho, formaban parte de las asociaciones de padres y de los consejos escolares del colegio y del instituto.

Su momento de estudiar

Para Pepita, estudiar y aprender ha sido, y es, un placer y lo ha tenido siempre como una prioridad. De ahí que años más tarde, se matriculara en la *UNED* en asignaturas de la carrera que siempre le hubiese gustado hacer, Geografía e Historia.

Obtuvo muy buenas notas en prehistoria, historia antigua, historia medieval, literatura antigua y medieval o filosofía. El latín es el único que, aún gustándole, se le atascó y no aprobó. Todo esto, recuerda, con 9 hijos de diferentes edades y, por lo tanto, diferentes etapas: grandes que se iban marchando a otras ciudades a estudiar y pequeños a los que no podía dejar solos para asistir a las clases en Mérida.

Pepita priorizaba la educación de sus hijos a la suya. Así que terminó por dejar sus estudios en la *UNED*, *"dejando una tercera carrera empezada y ninguna terminada. Por circunstancias de la vida, no por falta de voluntad"*.

Nunca ha estado de brazos cruzados. Pepita siempre ha tenido algo que hacer y siempre ha sido muy voluntariosa: ocupa gran parte de su tiempo en la lectura. Nunca tiene menos de cinco o seis libros encima de su mesa. Los lee todos juntos, que no revueltos.

Además, ha colaborado con *Manos Unidas*, con el Comercio Justo o con la catequesis de adultos en la pequeña localidad de La Lapa. Ha sido muchos años secretaria de la junta de gobierno del Hogar de Mayores y, desde su fundación, forma parte de *ASVOSE* (Asociación de Voluntarios de Mayores), desde la que visita semanalmente Residencias de Mayores o Colegios de personas con diversidad funcional.

Sigue siendo voluntaria en *Avimex*, donde ella enseña a las personas mayores de una residencia y a personas migrantes, todo lo que ella sabía de informática y de nuevas tecnologías.

Muchas de estas actividades se vieron paralizadas por la pandemia, pero, afortunadamente, han vuelto a



ponerse en marcha de nuevo y, Pepita, una vez más, se está reenganchando con la misma ilusión.

Actualmente es raro el día que no acude *"al Hogar para acudir a los talleres de memoria, al de musicoterapia, al de ejercicio entrena, al taller de lectura de La Caixa, a la reunión de los miércoles de ASVOSE, en el que hacemos manualidades"*. Y además, pertenece al club de lectura *"Dulce Chacón"*.

Aunque vive sola, no se siente sola. Sabe bien que son muchas las personas que la quieren y se preocupan por ella. No le molesta esa soledad. La necesita, sobre todo para leer, una de sus grandes pasiones. Pepita compra libros para leerlos. Y coleccionarlos. Y regalarlos, que no prestarlos. *"No me gusta que mis libros salgan de casa"*.

También le encanta coleccionar cromos antiguos, mariquitas de papel y cajas de latas, antiguas o imitaciones de las antiguas. Incluso heredar, para cuidar, cosas de otros tiempos. Ejemplo de ello es que aún conserva cosas de su Nana, de su abuela, de su madre o de su suegra. Sin olvidar el teléfono, del que defiende, *"el mejor descubrimiento, el fuego. Y el mejor invento, el teléfono"*. Eso piensa Pepita de la herramienta que le permite hablar con sus seres queridos todos los días y que siente que acorta distancias.

A Pepita también le gusta ver las corridas de toros en la tele. A la plaza ya no acude. Pero lo que sin duda más le gusta de todo, es ver a sus hijos en su lugar, con su vida encaminada gracias al esfuerzo de todos y contentísima con sus 11 nietos, para alguno de los cuáles sigue siendo el Ratoncito Pérez, porque todavía se les están cayendo los dientes.

Les regala un libro en cuanto surge la ocasión. También disfruta cantándoles, enseñándoles esas mismas canciones y todo aquello, que no es poco, que cabe en su inmensa caja de sabiduría. Está llena de multitud de enseñanzas por todo lo leído y lo vivido junto a sus amigos y su familia.



Laly González-Castell Zoydo

86 años
Montijo (Badajoz)

“Mundo interior en ebullición,
el de la poesía social,
la pedagogía de la igualdad,
la defensa de la niña que quiere
seguir viviendo.



Puede que Laly González-Castell Zoydo en este momento no recuerde, a causa del Alzehimer que padece, los acontecimientos esenciales que marcaron su vida, pero es probable que, aún a pesar del paso de los años, pueda percibir el cariño que ha sembrado a lo largo de su vida.

Laly nació en Montijo el mismo año en el que comenzaba la Guerra Civil en España (el 14 de junio de 1936). Fue la cuarta hija del matrimonio formado por Margarita Zoydo Duque y Rafael González Castell y miembro de un hogar en el que se respiraba amor por la cultura por todas partes, ya que su madre era maestra y su padre era poeta, abogado, periodista y secretario de Administración Local del Ayuntamiento de Montijo.

Pasión por la cultura

Desde niña Laly destacó por su pasión por las letras. A los cuatro años sabía leer el periódico y a los ocho ya escribía cuentos infantiles. Los reunió en torno a lo que dio en llamar *"Colección Piti"*, en honor a su adorada hermana, a quien los dedicó.

Su postura poética es social, especialmente centrada en la denuncia de la vulneración de los derechos de los niños y niñas.

Como poetisa destacó especialmente en los últimos años de la década de los 50 en los festivales poéticos de Radio Mérida. Además, ha impartido múltiples recitales como *"Los derechos del Niño"* y ha recorrido los pueblos de Extremadura de la mano de poetas de la Generación del 75 como son Santiago Castelo, Zambrano, Reviriego, Moisés Cayetano o Martín Tamayo. Es importante destacar que ha sido invitada a los Congresos de Estudios Extremeños.

Desde niña Laly destacó por su pasión por las letras. A los cuatro años sabía leer el periódico y a los ocho ya escribía cuentos infantiles.

Sus obras editadas son *"Porque os quiero"*, *"Corazón a la deriva"*, *"El Diario de Mumú"*, *"El diario de Mumú 2ª parte"* y *"Poesías de Navidad"*.

Un dato curioso es que Laly no solo se ha vinculado a una expresión artística. Además de por la literatura, también se interesó por el dibujo, su gran afición, hasta el punto que diseñó las estampas de la Primera Comunión de todos sus sobrinos.

Otro modo de aprender

También de manera muy precoz Laly desarrolló su vocación docente. Con mucha fuerza de voluntad logró su título de maestra con notoriedad y creó su propio colegio al que dio por nombre *"El buen pastor"*. Se trataba de un centro mixto, en el que Laly apostó por el aprendizaje en igualdad. Probablemente el suyo fuera de los primeros centros en los que no se hacían distinciones de género a la hora de plantear actividades o juegos para niños y niñas. Muestra de ello eran sus *"rincones de la experiencia"*, espacios en los que tenía cabida la interpretación, la música, el teatro, la danza, la poesía, el fútbol o jugar a las cocinitas.

Laly nunca quiso opositar, estaba convencida de que en





un colegio público no tendría autonomía para impartir su enseñanza personalizada ni para incorporar sus propios métodos de docencia avanzada.

> *...logró su título de maestra con notoriedad y creó su propio colegio al que dio por nombre "El buen pastor".*

Los cambios legislativos que regulaban la E.G.B. provocaron que el colegio de *"El Buen Pastor"* desapareciera. Laly no pudo adaptar su centro a la nueva norma, así que, mantuvo el nombre y creó su *"Jardilín"* en las dependencias de la casa familiar. Lo planteó como centro unitario mixto en el que recibir a niños y niñas con edades inferiores a los cinco o seis años, que era cuando comenzaban la enseñanza obligatoria.

Posiblemente ésta fue la época más dulce de su carrera y la más creativa. Las inquietudes de su mundo interior la impulsó a crear una compañía de teatro. Terminó por llevar el nombre con el que ya conocían en Montijo a *"la trupe de la señorita Laly"*. Con este grupo teatral, *"La Trupe"*, Laly llevó a escena por multitud de escenarios extremeños obras de teatro clásico español de la última mitad de siglo XX, obras adaptadas y propias.



Fe inquebrantable

Otra de las áreas esenciales en la vida de Laly ha sido su fe cristiana. Formada en teología, ha vivido permanentemente entregada a la formación de jóvenes en colaboración con los Salesianos de Puebla de la Calzada. Además, dirigió el grupo *"Cristo Vive"* en Montijo y fue la responsable del grupo de jóvenes de los Salesianos, que acudían a las convivencias nacionales de grupos carismáticos de fe. También lideraba grupos de catequesis de adultos y de preparación para la Confirmación.

> ***Las inquietudes de su mundo interior la impulsaron a crear una compañía de teatro. Se conocían en Montijo bajo el nombre "la trupe de la señorita Laly"***

La niña que sigue viva

En su mundo interior, Laly nunca dejó morir a la niña que fue. Muestra de ello, destaca su pasión por las muñecas. De todas clases y tamaños, antiguas o modernas. Desde la clásica *Mariquita Pérez* de su infancia, el *Juanín* hermano de Mariquita Pérez, las muñecas de porcelana, o las de trapo... Con todas ellas Laly dio vida a un universo propio hasta el punto de convertir en un museo de muñecas el domicilio familiar: El *"Museo de muñecas de la señorita Laly"*.

Por el valor de todas aportaciones culturales y humanas a la sociedad, el Ayuntamiento de Montijo ha distinguido a Laly con una placa honorífica.

Margarita Gómez Santos

97 años
Cáceres

“Margarita Gómez Santos.
Que no presume de atrevimiento,
se llama coraje.
El de quien mira a la vida de frente.
Y a los toros.
Con la energía de quien no sabe
medir esfuerzos.
Menos si es para apoyar a los suyos,
su obra de arte.



El temperamento de Margarita Gómez Santos no pasa desapercibido en ninguna parte. Tampoco en la residencia "Virgen del Rosario" (Cáceres) donde, a sus 97 años, sigue siendo evidente que es toda una experta en salir adelante con entereza y energía, a pesar de las adversidades.

Margarita le resta importancia. *"Así es la vida"*, responde ante los elogios que recibe. Lo hace como si no conociera otra manera de enfrentarse a la vida más que mirándola de frente.

Una huerta en la posguerra, un tesoro

Ella, la mediana de siete hermanos, nació en Casar de Cáceres el 18 de enero de 1925. De todos ellos, cinco eran mujeres y solo dos hombres. Como además, sus hermanas trabajaban fuera, el mayor de todos se fue a la guerra, y el otro varón era más pequeño que ella, Margarita asumió la función de ayudante de su padre y le daba apoyo en la huerta y recogiendo las cosechas.

Lo cierto es que, a pesar de lo difícil de los años de la posguerra, Margarita no conserva un mal recuerdo de aquellos años. Los productos que les daba la huerta les servían de sustento y por fortuna no pasaron hambre. Fueron, eso sí, años duros en cuanto a la cantidad de trabajo que asumir. Alternaba la ayuda en la huerta con las labores de la casa y el cuidado de sus hermanos, por lo que nunca descansaba.

Los productos que les daba la huerta les servían de sustento y por fortuna no pasaron hambre. Fueron, años duros en cuanto a la cantidad de trabajo que asumir.

A los toros, como a la vida, se les mira de frente

Con especial orgullo, Margarita comparte una anécdota que le sucedió mientras lavaba en el regato junto a otras niñas y mujeres. Ella, moza libre e independiente, iba siempre a su aire. Esto, unido a sus problemas de audición, hizo que no se enterara de que un mayoral de una finca cercana había llegado corriendo para dar el aviso de que un toro se había escapado y que era importante que todas huyeran de allí.

Como no escuchó nada, no se fue. Y cuando se quiso dar cuenta de que estaba sola, tenía el toro apenas a veinte centímetros de su cara. Recuerda que estuvieron así, "frente a frente mirándose a los ojos durante un tiempo"



que a ella se le hizo eterno. Finalmente *"el animal perdió el interés y se marchó"*.

Aguantar la mirada al toro no fue en realidad una estrategia de supervivencia meditada por Margarita. Ella solo se quedó petrificada sin encontrar la manera de reaccionar. Ha sido con el paso del tiempo, y puede que con ciertas de dosis de chulería, cuando Margarita ha comenzado a interpretarlo como si hubieran sido su templanza y su calma las claves que hicieron que la historia tuviera ese final.

Así era Margarita: descarada, vivaracha y protagonista de no pocas anécdotas. Aunque no de todas salía tan airosa: aun recuerda el miedo que pasó cuando, jugando con su hermano pequeño, cayó a un pozo. No sabía nadar y sentía que se ahogaba. Esa vez lo que la salvó fueron las sayas de su madre, quien, avisada por su hermano, se las quitó rápidamente y las tiró al pozo con la esperanza de que Margarita, a quien ya ni siquiera veía, las agarrara.

Trabajar sin descanso

Cuando regresó su hermano mayor de la guerra, a sus quehaceres habituales añadió uno más que consistía en darle apoyo en tareas muy diversas. Una de las que más disfrutaba era cuando acompañaban a su padre a Cáceres a vender leche con un burro.

No era mucho lo que Margarita ganaba trabajando en las casas. Así que, haciendo alarde de su habitual iniciativa y emprendimiento, se fue a buscar nuevas oportunidades laborales a la ciudad, a Cáceres. Allí estuvo cuidando de un niño pequeño y limpiando en un estanco.

Un puente para mejorar la vida de sus hijos

En su juventud temprana empezó *"a hablar"*, como se decía entonces, con Felipe, un pastor con quien años más tarde formaría su familia.

Se fueron a vivir al campo y allí estuvieron habitando un chozo y trabajando duro durante dos años. Más tarde regresaron al pueblo, a Casar de Cáceres, para hacerse una casa en la que poder ofrecer a los hijos mejores condiciones de vida.



Ya en el pueblo tuvieron cuatro hijos: tres niños y una niña. Cuando el mayor de los cuatro hijos tuvo edad de estudiar, priorizaron que pudiera hacerlo, tanto él en ese momento, como sus hermanos en el futuro inmediato, una decisión que les dio el impulso para tomar la difícil decisión de vender todo lo que tenían, la casa que con tanto esfuerzo habían construido en el pueblo, para trasladarse a once kilómetros, a Cáceres, y volver a empezar allí de nuevo. Fue la manera de *"sacar a los hijos del campo, con el afán de darles una vida distinta a la que nosotros habíamos tenido"*, explica Margarita.

Felipe, además de pastor, era guarnicionero. Tenía un verdadero don trabajando el cuero. Esto le hizo ganarse el respeto y el cariño de muchas personas, *"entre ellas el alcalde de Cáceres, quien apreciaba tanto su talento que le ofreció un trabajo precisamente de guarnicionero"*. El trabajo incluía una vivienda para la familia y un trabajo para Margarita en el colegio que *"consistía en echar los braseros a los maestros y en limpiar las aulas"*.

Aún así, las cuentas familiares nunca fueron esplendidas. Margarita insiste en que Felipe y ella inculcaron a sus hijos que si deseaban estudiar, necesitarían conseguir una beca. *"A duras penas podíamos prescindir de sus manos para trabajar. Lo que no podíamos hacer era pagarle los estudios"*.

Margarita insiste en que Felipe y ella inculcaron a sus hijos que si deseaban estudiar, necesitarían conseguir una beca. "A duras penas podíamos prescindir de sus manos para trabajar.

Al poco tiempo de trasladarse a Cáceres Felipe tuvo un accidente con la bicicleta. Lo atropellaron y quedó herido y abandonado en la carretera. Pasó mucho tiempo ingresado en el hospital y posteriormente en casa convaleciente por lo que Margarita tuvo que redoblar esfuerzos para sacar adelante a toda la familia, cuidando de sus hijos, trabajando y acompañando a su marido en el hospital y en casa.

Con el tiempo, Felipe se recuperó, pero años más tarde, trabajando en la construcción, un empleo que ejercía para reforzar algo más los ahorros de la familia, cayó sobre unas vigas. Tuvo que ser intervenido en varias ocasiones y finalmente supo que no podría trabajar más en ese sector.

La madre del cura

Todo el esfuerzo y los sacrificios que fueron necesarios durante su infancia y la de sus hijos, quedan recompensados con creces para Margarita con el anuncio que un día les hizo Ricardo, el menor de su hijos varones. Les habló de su vocación y les expuso que deseaba estudiar en el seminario. Años más tarde se ordenó sacerdote.

Por aquel entonces Margarita y Felipe ya pasaban de los sesenta años *"y como habíamos trabajado demasiado, nos fuimos con él a cada lugar de destino"*.

En los años de sacerdocio de Ricardo Margarita ha sido plenamente feliz. Disfrutaba viendo la labor que hacía su hijo en cada uno de los pueblos *"en los que se desvivía por ayudar a las personas"*.

Como acompañantes en su misión, Felipe y ella hicieron un sinfín de amistades por los pueblos de Toledo por los que Ricardo ejerció. Los recorrían orgullosos de tener, *"como todo el mundo nos decía, un hijo tan bueno"*.

El último de los destinos de Ricardo fue precisamente Cáceres, donde Margarita siguió cumpliendo el rol que



más le llenó siempre, *"ser la madre del cura"*. Lo hizo durante cinco años, ya que Ricardo falleció a los 50 años de manera inesperada tras poco más de dos meses de enfermedad. "Fue un gran mazazo para toda la familia" y por supuesto para Margarita.

Otra etapa de la vida

Años después, Margarita comenzó a visitar varias horas al día la residencia *"Virgen del Rosario"*, en Cáceres. Allí participaba en diversas actividades y entablaba amistad con personas de su edad.

> ***Decidió trasladarse a la residencia "Virgen del Rosario" de manera definitiva. Nunca ha vivido sola, y no quería "que nadie se sacrificara viviendo en su casa con ella".***

Tras ocho años con esta rutina diaria, decidió por voluntad propia trasladarse allí de manera definitiva. Tenía claros los motivos: desde que falleció Ricardo nunca ha vivido sola, y no quería *"que nadie se sacrificara más viviendo en su casa con ella"*.

Su familia, explica Margarita, ha estado siempre con ella y la ha cuidado para que viva tranquila, cómoda y acompañada en su hogar, pero ahora, *"a los 97 años, es en la "Residencia Virgen del Rosario" donde más tranquila me encuentro"*. Vive allí desde noviembre del año 2019.

Margarita ha descubierto que le encanta pintar y cada tarde, cuando sale de paseo con sus familiares, les enseña los dibujos que hace *"y ellos los miran como si fuesen obras de arte"*. Tal vez no están mirando solo a sus obras, sino también a ella, su propia obra. Una mujer que disfruta transmitiendo la importancia que tiene para ella la entrega a la familia. Se sabe consciente de lo mucho que se ha sacrificado por la suya, *"tanto la de origen, como la que formó después"*. Pero respira tranquila y satisfecha cuando expresa *"así es como debe ser"*.

Mari Sol Márquez Álvarez

89 años
Villanueva del Fresno (Badajoz)

“María Márquez Álvarez.
Trazos poéticos convertidos en danza.
Pies de plata.
Si volviera a nacer repetiría
cada pieza de baile,
aunque disgustara a su madre:
Ha nacido para bailar.



Hay quienes tardan media vida en encontrar el propósito de su existencia y quienes lo saben desde que abren los ojos a este mundo. Es el caso de María Márquez Álvarez, de quien su madre decía que había nacido para bailar y a quien Rafael Alberti, en uno de sus versos, llamaba *"María pies de plata"*.

En este momento, a punto de cumplir los 90 años, María vive en Villanueva del Fresno (Badajoz). Sus piernas y su mente siguen siendo ágiles. No toma medicamentos y aún recuerda como se habla italiano o inglés. Conserva el halo de quien ha sido una artista internacional que ha viajado por medio mundo y lo narra con todo lujo de detalles:

...bailar era todo su mundo, por lo que, a pesar de la prohibición familiar, no abandonó su pasión.

Nació en Villanueva del Fresno el 13 de febrero de 1933. María era primogénita de tres hermanos, dos chicos y una chica. Su padre, Francisco Márquez Sánchez, capitán en la Guerra Civil, ascendió a comandante cuando murió. Su madre, María Álvarez, viuda a los 21 años, se dedicó a cuidar a sus hijos con absoluta abnegación.



A pesar de su orfandad, María recuerda una infancia *"muy buena, en la que iba siempre muy bien vestida, como le gustaba a mi madre"*. Describe la suya como una infancia feliz y acomodada en la que *"tenían hasta una muchacha que ayudaba en las labores de crianza en la casa de la plaza"*.

María tiene muy presentes las enseñanzas de su madre que, *"a través de cuentos y leyendas, nos inculcaba grandes valores"*. Los conserva intactos. De hecho, al ser preguntada por ello, María reflexiona sobre lo difícil que resulta dar consejos a las personas jóvenes. *"Su mentalidad es diferente"*. Entre todos los que pasan por su mente, verbaliza uno: *"Lo más importante es ser siempre honrados"*.

Cuando María cumplió los 8 años, su familia se trasladó a vivir a Madrid para que ella ingresase en el Colegio para huérfanos del ejército *'María Cristina'*, un centro de las Hermanas Ursulina, en Aranjuez. Pasó diez años en el colegio, hasta que terminó Bachiller Superior. Completó sus estudios con los de taquigrafía y mecanografía.

Un único disgusto a su madre

Con 18 años, recién graduada, María comenzó a trabajar de secretaria de un capitán del ejército en la madrileña calle de Alcalá. Un día, mientras llevaba a cabo sus tareas, escuchó por la radio que había un casting para buscar bailarines en el Teatro Albéniz de Madrid. Y no pudo resistirse.

Ya cuando María se fue del pueblo, todo el mundo sabía que era una bailarina excepcional. *"Hacía hablar a las castañuelas"*. Así es que no lo dudó y se presentó a la prueba que corría a cargo de la bailarina Pilar López y el compositor Tomás Río ¡Y María fue seleccionada! Ese fue el único disgusto que le dio a su madre.

...se presentó a la prueba que corría a cargo de la bailarina Pilar López y el compositor Tomás Río ¡Y María fue seleccionada!

Ese acontecimiento marcó sus inicios en la profesión. Poco después, fue pareja artística de Antonio Gades en la compañía de Rafael Farina. En el Circo Price de Madrid bailó *'Agua, azucarillos y aguardiente'*. María recuerda como él iba vestido de barquillero y ella de chula. Mantuvieron siempre una gran amistad. Él fue incluso a verla bailar en más ocasiones, *"como por ejemplo en Benidorm, donde conoció a su mujer Marisol, hoy Pepa Flores"*.



María ha compartido escenario con otros muchísimos artistas como Juanito Valderrama, Carmen Morell o Pepe Blanco.

Pasó casi tres años bailando con Antonio Molina por toda España y por Marruecos con la obra *'Así es mi cante'*. Tiempo después volvieron con *'Hechizo'* al teatro Calderón de Madrid. También con él rodó la película *"El pescador de coplas"*. *"La reina mora"* la rodó tiempo después con Antoñita Moreno.

Prohibido más turné

Esa fue su última turné: su madre no la dejo acudir a ninguna más. En aquel momento tenía autoridad para ello ya que entonces la norma determinaba que las hijas de los militares no alcanzaban la mayoría de edad, y por lo tanto la independencia, hasta los 24 años. Para participar en cualquier evento, y más si era una gira, necesitaba una autorización de su madre. Y ésta no se la dio.

...bailar era todo su mundo, por lo que, a pesar de la prohibición familiar, no abandonó su pasión. Todo lo contrario: se preparó para ser bailarina solista.

Pero María sabía que bailar era todo su mundo, por lo que, a pesar de la prohibición familiar, no abandonó su pasión. Todo lo contrario: se preparó para ser bailarina solista.

La bailarina solista

Para ello tuvo que trabajar muy duro. Primero con clases en la academia de baile, y más tarde, el 26 de febrero de 1954, examinándose en el teatro Fuencarral, ante el famoso dramaturgo Alfonso Paso y su hermano Antonio, que era guionista de cine. De las 53 personas examinadas solo aprobaron seis. Ella era una de las aprobadas que obtuvo el carné de bailarina dentro del subgrupo de variedades del sindicato de espectáculos. Y así fue como María comenzó su carrera independiente.

En 5 años consiguió un contrato como solista en la prestigiosa sala *'Rupe Tarpea'* en Roma. Allí bailó varios años y, gajes del oficio, conoció a grandes personalidades, entre otras, al Rey Faruq de Egipto, que en aquel tiempo vivía allí exiliado, el ahora Rey emérito Juan Carlos I, o las actrices Ingrid Berman y Gina Lollobrigida.

También tuvo oportunidad de conocer al cantante Domenico Modugno, del que fue íntima amiga, a los actores Vittorio De Sica, Lee Van Cleef (muy conocido por su participación en la película *"El bueno, el feo y el malo"*) y a Marcello Mastroianni, de quien recuerda, *"era guapísimo"*.



Tiempo después, María volvió a Madrid para emprender otro proyecto: había conocido a Porrina de Badajoz y a Manolo Caracol y apostó por irse con ellos de gala para bailar flamenco puro. Después vinieron más espectáculos a poner en pie en todos los tablaos de Madrid como *"Pasapoga"*, *"El cisne negro"* o *"La taberna gitana"*.

En 1969 le ofrecieron irse a Benidorm ya que, le aseguraban, se ganaba más dinero bailando. Una vez allí fue la primera bailaora del tablao *'La guitarra'* y otros tablaos y hoteles de la zona. También hacía una gala semanal en Villajoyosa (Alicante), en la *'Hacienda del Sol'* que pertenecía al Rey Olaf V de Noruega. El cuadro flamenco que tenía entonces estaba compuesto por un guitarrista, un bailaor y un cantaor.

En Benidorm, fue la primera bailaora del tablao "La guitarra" y otros tablaos de la zona.



Ese mismo cuadro al completo fue elegido para realizar una sesión de fotos de promoción turística de la ciudad en la televisión británica, la BBC. María recuerda como fue algo que les permitió ir a Inglaterra a bailar *"e incluso conocer a la hermana de la Reina Isabel II, la princesa Margarita"*.

A los lugares mencionados, María suma muchos más rincones del mundo por los que ha pasado bailando: Madrid, Alicante, Palma de Mallorca, Alemania, Suiza, Inglaterra, Japón, China, Estados Unidos, en la plaza de toros más grande del mundo en México, durante meses en el Mouline Rouge en París, en Bruselas...y *"hasta en Rusia. Allí bailé con Antonio Ruiz, más conocido como Antonio el bailarín, entre otros sitios y otros muchos artistas, como por ejemplo Paco de Lucía"*.

Tanta actividad profesional, y tan intensa, supuso tener una vida repleta de viajes pero carente de descanso. María se dedicaba en cuerpo y alma a su carrera, una circunstancia que no supuso problemas para conciliar su vida profesional y familiar.

Se casó con José Joaquín Solana, un asturiano que fue jugador de fútbol del Oviedo y del Mallorca. Tuvieron dos hijos. María echa la mirada atrás y reconoce que *"si volviera a nacer, lo repetiría todo"*.

María echa la mirada atrás y reconoce que "si volviera a nacer, lo repetiría todo".

Hasta los 67 años, María ejerció como bailarina profesional y como profesora.

En 2002 volvió a Villanueva del Fresno porque su madre estaba muy mayor y necesitaba sus cuidados. A los tres años de llegar a la localidad, creó la Academia de Baile Municipal que estuvo abierta desde el año 2005 hasta el 2011. Pero ese mismo año, marcaría el final de sus días de baile. Tras las pérdida de su hija, María colgó los zapatos y las castañuelas para siempre.

María de los Ángeles Cancho Ramos

96 años
Cáceres

“María de los Ángeles Cancho Ramos.
Niña feliz como los saltos en los charcos.
Joven que baila con las letras y lidia con las cifras.
Novia de luto y madre a tiempo completo.
Por los años felices compartidos, el dolor del duelo.
Por la sabiduría que aporta lo vivido, la capacidad de saborear cada gota de presente.





"Sentirse querida es una de las sensaciones más bonitas del mundo". Lo afirma con convencimiento María de los Ángeles Cancho Ramos, más conocida por su familia y entorno cercano como Maruja.

A sus 96 años, Maruja sabe bien qué es querer, que te quieran, incluso que no es disparatado fusionar, como si fueran sinónimos, los términos cuidar y amar.

Agradecer lo compartido y seguir viviendo

En este momento Maruja transita el duelo por la reciente pérdida de Gerardo, su compañero de vida. Lo hace en el Centro de Mayores *"Virgen de la Montaña"* de Casar de Cáceres, donde dice encontrarse a gusto y confiada.

Desde allí sostiene con paciencia el peso de la añoranza sin perder el interés por el presente, en concreto por las ficciones y realidades que ofrece la letra impresa. Por un lado, le encanta leer novelas y poesías, y por otro, estar informada y al día de todas las noticias. Para ello, y a pesar de sus dificultades de visión, cada día lee la prensa con ayuda de sus gafas especiales y de una lupa. Quienes la conocen saben que no hay obstáculo que se ponga en su camino que no sea capaz de solventar con esfuerzo y ganas.

En esta ocasión, y a través de su propia narración, la lupa se sitúa sobre los trazos de su historia de vida. Y es así como nos remontamos a un frío 29 de diciembre de 1925. Ese día, en Trujillo, nació María de los Ángeles (Maruja).

Fue la hermana mayor de siete hermanos. Vivió con ellos y con sus padres, Manuel y María hasta los 19 años en Trujillo.

Un ambiente así de entrañable hizo que tuviera una infancia y una juventud repleta de cariño y respeto. La vida era tranquila

Recuerda haber gozado de una infancia feliz. Evoca las visitas diarias a una cerca que cuidaban sus padres. Hasta los seis años, pasaba allí los días enteros jugando con sus hermanos y disfrutando de la vida de campo.

El goce de aquellos días quedó interrumpido por el comienzo de su etapa escolar, que desarrolló en el colegio *"Las Carmelitas"* en Trujillo. En ese centro completó sus estudios, que por ser iniciales, le dejaban tiempo suficiente para, cada día, al término de las clases, acudir a la plaza del pueblo a jugar durante horas con sus amigas. Maruja recuerda con especial cariño y diversión la manera en que se limpiaba la ropa en la fuente de la plaza después de haber jugado a saltar charcos. *"Lo hacía para que no me riñera mi madre al llegar a casa"*, comenta entre risas.

Seguir estudiando, acceder a la universidad

En 1944 su familia se trasladó a Cáceres. No fue una idea que entusiasmara a Maruja, ya que todas sus amistades se encontraban en Trujillo. De ahí que, cada vez que tenía oportunidad, se alojaba en casa de su amiga Manuela o de su abuela, para poder regresar al pueblo unos días.

En Cáceres Maruja inició sus estudios en el instituto *"El Brocense"*, pero en ese centro solo estuvo matriculada un curso. Al año siguiente trasladó su expediente al *"Pauditerion"* donde preparó la reválida, la prueba imprescindible para acceder a estudios superiores. Viajó hasta Salamanca para poder realizarla con un objetivo muy claro: seguir estudiando y formándose. Y lo logró.

Mejor química que letras

Barcelona fue la ciudad en la que Maruja descubrió la vida universitaria. Se trasladó hasta allí con su hermano y se alojó en la casa de su tía Fernanda, una hermana de su padre.

Comenzó a estudiar la carrera de química, pero no por decisión propia: *"mi hermano se empeñó en matricularme en química por narices, pero a mí me gustaban más las letras. Me hubiese gustado hacer Filosofía y Letras"*, refiere Maruja que recuerda como si fuera hoy que su asignatura favorita era historia y que no le gustaban nada las matemáticas. No es algo que pudiera disimular. De hecho, pasado el primer curso, solo había aprobado una asignatura, y su padre dio por terminada la experiencia universitaria de Maruja y la hizo volver a Cáceres. De aquel año en Barcelona, Maruja recuerda los paseos por la Rambla con sus amigas de clase, con las que fraguó hermosos vínculos.

De nuevo en Cáceres, Maruja comenzó a trabajar como encargada en la empresa en la que su padre era gerente. Se llamaba *"Mirat"*. Se encargaba de las máquinas y trabajaba con cromo duro, una acción que pudo llevar a cabo gracias a los conocimientos adquiridos durante su breve paso por la universidad.

Pasado un tiempo, Maruja cambió de ámbito y de los talleres pasó a la oficina para realizar tareas como administrativa y telefonista. *"Era la única mujer que trabajaba allí, pero mis compañeros me trataban bien"*, recuerda con alegría.



Precisamente en esa fábrica conoció a Gerardo, un mecánico que después fue conductor de autobuses y que años más tarde se convertiría en su compañero de vida. Cuando Maruja tenía 32 años contrajeron matrimonio. Ella rememora el día de su boda con cierta nostalgia, ya que, debido al fallecimiento del padre de Gerardo, tuvo que casarse de negro. Apenas hubo invitados y tampoco pudieron festejarlo.

Vida en familia, fin de la vida laboral

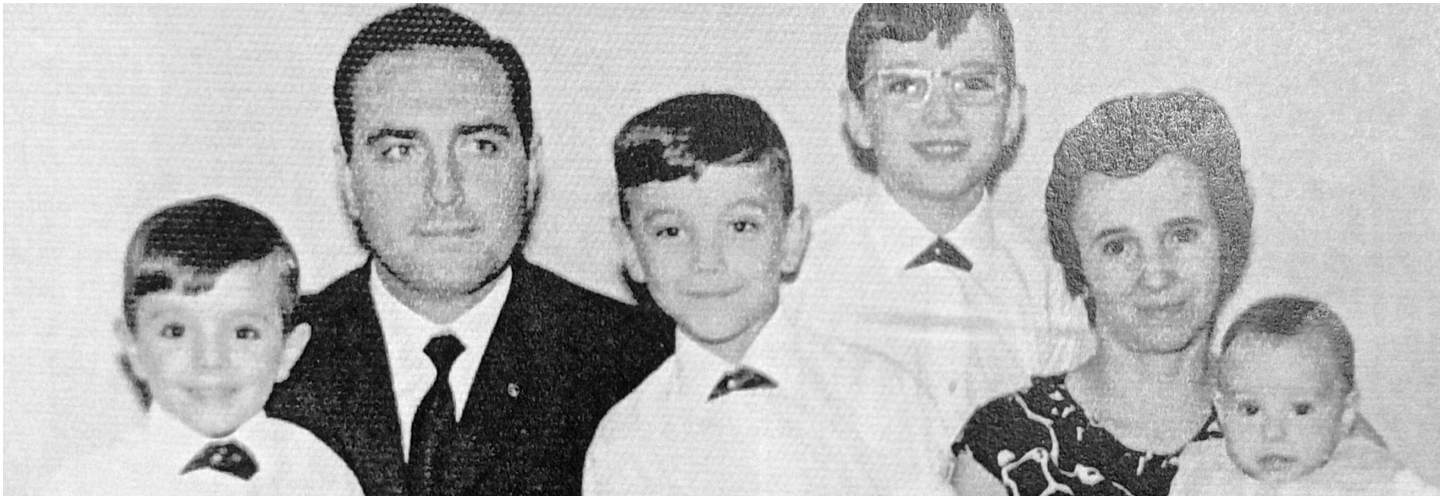
El matrimonio tuvo cuatro hijos: tres niños y una niña. Su crianza y las tareas del hogar recayeron sobre Maruja íntegramente, por lo que dejó su trabajo para poder hacerse cargo de ello.

El empleo de Gerardo no les permitía hacer muchos viajes, por lo que no volvieron a Trujillo. Sin embargo, Maruja conserva un recuerdo entrañable al aludir a *"los veranos en los que alquilábamos una casa en Valverde del Fresno. Pasábamos los días en el río disfrutando de la familia"*.

Cada vez que Maruja evoca a su marido y a los años de vida compartidos, lo hace con mucho cariño: *"nos llevábamos bien y nos queríamos mucho. Y eso es lo más importante"*.

> ***"nos llevábamos bien y nos queríamos mucho. Y eso es lo más importante".***

Poner palabras a su experiencia de vida la anima a enviar un mensaje a sus lectores: *"que sean curiosos, prudentes y buenas personas, ya que, de esta manera, habrá mucha gente a nuestro alrededor que les quiera y les cuide"*.



Nélida Linera Arango

89 años
Don Benito (Badajoz)

“Nélida Linera, asturiana, extremeña, madre.
Diosa de los cuidados y de su reverso.
“Hay que seguir”.
Superviviente a un machismo
que no ha logrado anularla.
La vida, nunca más desde la trastienda.
Prefiere salir a su encuentro.
Cada día.



Nunca es tarde para salir al mundo, reconectar con las alegrías que ofrece, mirar al pasado y, con perspectiva, tomar conciencia de qué sumó, qué restó, y qué aprendizajes provocaron cada experiencia vivida.

Lo sabe bien Nélida Linera, a quien su madre Indalecia, arropada por su marido José María, dio a luz entre los muros de su casa, en Grandas de Salime (Asturias) un 22 de enero del año 1933.

José María era bondadoso y emprendedor. Indalecia, una mujer entregada a sus labores. Ambos fueron trabajadores infatigables, además de padre y madre de *"Joselito, que solo vivió 22 años, Esther, que actualmente vive en Salamanca, Pedrito al que con solo dos años se lo llevó la meningitis y un ochomesino que no sobrevivió"*.

Nélida recuerda como esos devenires tan crueles provocaron que su madre *"perdiera su cabecita. Se transformó en una niña hasta los 96 años. Era un ser dependiente pero dulce"*.

Ante una situación así, su padre *"se desdobló para cuidar a los hijos"*. Vivió hasta los 86 años, momento en el que, casi ciego, *"marchó de este mundo y se fue con su amor"*.

Infancia calmada junto a las obras de un pantano

Nélida es consciente de como sus progenitores consiguieron ocultarle las innumerables penurias de la guerra civil. Recuerda como en la aldea todos los vecinos se conocían. *"Un ambiente así de entrañable hizo que tuviera una infancia y una juventud repleta de cariño y respeto. La vida era tranquila"*. Solo alteraba la calma diaria las travesuras que Nélida protagonizaba junto a su compañera de la escuela, Sofía.

En aquellos tiempos, era costumbre que los mozos de cada localidad guardaran celosamente el paso de hombres de otros lugares, pero de algún modo, narra Nélida, *"llegó hasta allí un joven atrevido que trabajaba en el pantano"*. Su llegada provocó un cambio de rumbo radical en la vida de Nélida.

Un ambiente así de entrañable hizo que tuviera una infancia y una juventud repleta de cariño y respeto. La vida era tranquila

Eulogio, que así se llamaba, consiguió ganarse su respeto y más tarde su atención. Transcurridos tres años de noviazgo, incluido el tiempo correspondiente al servicio militar de él, llegó la propuesta formal de matrimonio. Y Nélida, que entonces tenía 19 años y Eulogio, se casaron.

La vida tras la trastienda del escenario

El pantano en el que trabajaba sufrió cambios que afectaron a sus vidas. Y no poco. Las expropiaciones de tierras y casas de la zona llevaron al joven matrimonio a vivir los siguientes siete años en Hinojosa de Duero (Salamanca).

Con la ayuda de los ahorros de los padres de Nélida construyeron un bar-casino y un salón de cine. Ese fue un mundo que Nélida solo pudo observar a través de rendijas. La vida para ella era *"la trastienda del escenario"*.

En ese contexto nació Mari, su primera hija. Más tarde llegaron Luis, Rosi y Neli. Para ella su rol de madre era el único importante en aquellos tiempos: *"no conocí ni el descanso ni el lujo."* Nélida mira atrás y prefiere dar por olvidada y pasar de puntillas por el carácter de su marido que hizo tener que malvender el negocio y comenzar de nuevo en otro lugar.

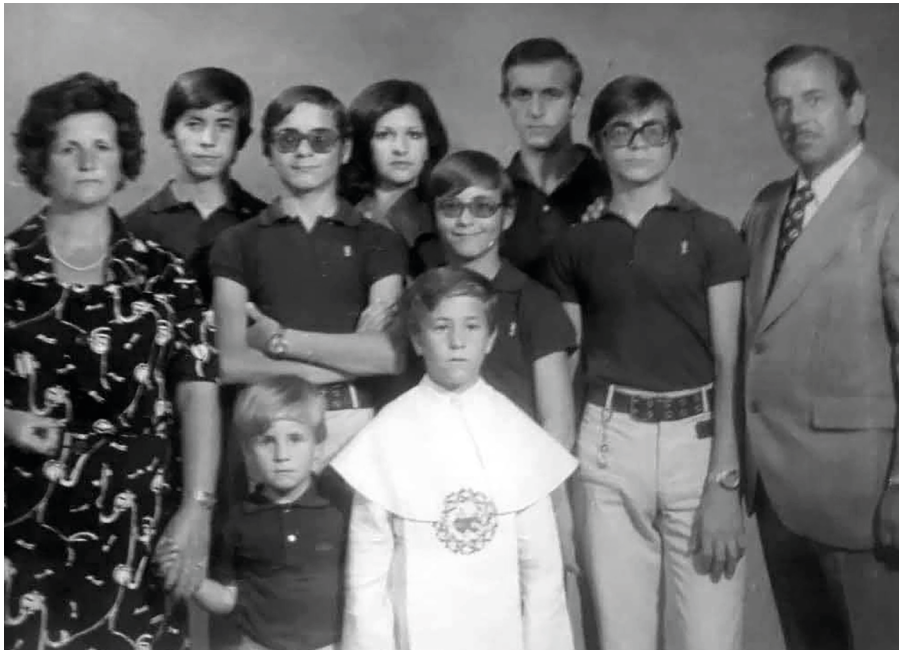
Corría el año 1958 cuando la familia se encaminó hacia Puerto Peña (Badajoz). Nélida recuerda como la aldea de la obra estaba en mitad de la nada y evoca la presa del *"Plan Badajoz"*. Allí nacieron en un corto espacio de tiempo sus hijos José, los mellizos Eulogio y Miguel, y, más tarde, Jesús.

Nélida relata como *"con ocho personas en la mesa no había tiempo de pensar en nada personal"*. Su empeño fundamental era que sus hijos no sufriesen carencias ni necesidades. Se sentía atrapada en un mundo de hombres, *"nada me permitía descuidarme ni enfermar"*.



"Hay que seguir"

Cuatro años después, la familia al completo se trasladó a Orellana la Vieja para que su marido trabajara en otra presa. En ese lugar, las privaciones quedaron mermadas gracias al huertecito que tenía la casa, las gallinas y la generosidad de su vecina, doña Vicenta y sus hijas. A Nélida le daba paz mental saber que sus hijos *"estaban cubiertos"*.



Las horas del día no daban abasto para llevar a cabo todas sus tareas: *"limpiar, cocinar, aprender a coser para fabricar la ropita a los hijos"*. Aclara Nélida que, lo hacía sin distinción, porque le gustaba vestirlos a todos iguales.

Dos abortos destrozaron a Nélida por dentro y por fuera. Pero ella sabía que *"había que seguir"*. A eso se sumó un traslado forzoso de la empresa de su marido que los llevó a Bilbao. Allí nació su hijo Fernando.

Nélida percibía el Bilbao de aquel entonces como un lugar frío, oscuro y triste. Los dos años que vivieron allí, evocan para Nélida sentimientos de pena aumentados por la tristeza que le generaba una ciudad tan industrial.

Don Benito, un lugar para echar raíces

Por fin, en el año 1968 la familia al completo retornó a Badajoz *"y la fortuna quiso que el destino fuera Don Benito"*. Fue allí donde nació su décimo y último hijo, Enrique.

Nélida recuerda que por aquel entonces las calles de Don Benito estaban sin asfaltar. *"Solo las calles principales lucían adoquines de granito"*.

> ***Cuatro años después, la familia al completo se trasladó a Orellana la Vieja para que su marido trabajara en otra presa.***

Vivían en el centro, en un primer piso de cinco habitaciones, salón-comedor, cocina, terraza y dos baños, donde consiguieron echar raíces y donde Nélida comprobó como, con el paso del tiempo, fueron llegando a su hogar interesantes herramientas: *"La tele en blanco y negro fue una bendición. Después llegó el teléfono fijo. Y con el tiempo, el calentador"*.

Tenían un *Seat 600*. Los domingos, en tres viajes, la familia completa acudía a la ermita de la Virgen de las Cruces. Después, en los alrededores, extendían una manta en suelo y compartían tortilla, huevos rellenos y bollas de fabricación propia. Sus hijos correteaban libres por aquel entorno. No así sus hijas, siempre encargadas de ayudarla.

Machismo latente. Cada día. Todos los días.

Eran situaciones que sucedían con aceptada normalidad social en aquel contexto histórico, pero que se veían aumentadas por *"la rigidez"* de su marido. Nélida relata como todo ello convirtió la convivencia en casa en algo muy difícil. Tuvo que soportarla, expresa, por el machismo latente en cada rincón del país que le impedía tomar decisiones al respecto.

A causa de ese mismo machismo, relata Nélida, sus hijas no pudieron gozar de las mismas oportunidades que sus hermanos.



"Mis hijos lo tuvieron más fácil, llegaron incluso a lograr sus carreras universitarias". Ellas, sin embargo, ante el padecimiento acumulado, *"tomaron decisiones precipitadas y salieron de casa"*.

La injusticia de la vida, señala Nélida, se llevó la vida de Neli en 2008 y la de su hija Mari en 2010. Una parte de Nélida murió con ellas.

Volver a empezar

Nélida tenía 65 años cuando comenzó a tomar contacto con un entorno distinto al de su propio núcleo familiar. El exterior, narra Nélida, *"era un mundo desconocido"* para ella.

Tuvo acceso a él porque una enfermedad debilitó a su marido lo suficiente *"como para que no pudiera*



interferirnos con su energía tradicional". O no tanta. A la edad de 93 años, Eulogio, su marido, falleció.

A partir de ese momento, despacio pero con enorme apetito, Nélida comenzó a descubrir todo lo que había del otro lado de la puerta de su casa. Conectó, a través del coro de la iglesia, de la asociación de mujeres rurales y de la casa de mayores, con otras mujeres.

En un juego de espejos peculiar, Nelida observaba como cada una de esas mujeres sufría su propio calvario y a veces se sentía identificada con ellas. La escucha mutua se alzó como una excelente forma de apoyo entre ellas.

...entusiasmada por los afectos y sensaciones positivas de los nuevos vínculos, tomó contacto con el mundo en mayúsculas.

De este modo Nélida, después de muchos años, volvió a tener amigas.

Ella conservaba el contacto con su amiga de infancia y compañera de colegio, Sofía, pero la distancia limitaba sus encuentros. Así que, entusiasmada por los afectos y sensaciones positivas de los nuevos vínculos, tomó contacto con el mundo en mayúsculas. Comenzó a participar en viajes de recreo a otras provincias, reuniones, conferencias para la mujer o visitas culturales. Y no ha parado de hacerlo.

Actualmente Nélida dice sentirse *"enganchada al progreso"*. Participa en caminatas diarias, en clases de yoga, va a la piscina y se vuelca con aprendizajes de todo tipo. Ha viajado a tres continentes y cuanto más lo hace, señala, *"más me gusta España, concretamente Don Benito, mi pueblo del alma, mi gente"*.

Mantenerse activa hace que Nélida se sienta sana, joven, *"con ganas de llegar a donde sea"*. Es consciente de que ahora sí está viviendo la vida, y lo que más desea es compartirla con todas las personas que llamen a su puerta. Le alienta el faro que ha guiado cada paso en cada uno de sus días, su familia: *"Si mis hijos y nietos están bien, a mí no me hace falta nada más"*.

Paulina
Gordo Quijada

81 años
Montehermoso (Cáceres)

“Paulina Gordo Quijada,
niña de la posguerra,
sin juegos en la pradera, solo trabajo.
Sin colegio pero sabia.
Lanzadora de canciones al viento.
Feliz con su vestido blanco
y su compañero de vida.
Conocedora de la dicha y del dolor.
Con mucho carácter, sin ningún miedo.



Paulina Gordo vive en el Centro de Mayores de "San Miguel" de Navalmoral de la Mata. Llegó hace cuatro años cuando la ruptura de su cadera abría para ella una nueva etapa de la vida. Una vez más, el tesón y un carácter a fuerza de retos, fueron sus compañeros de viaje esenciales para lograr su objetivo: conservar su autonomía personal.

Paulina está convencida de que el exceso de comodidades desmejoran el cuerpo. Una certeza probablemente interiorizada desde la niña de posguerra que fue, ya que llegó a este mundo en el difícil año de 1940.

Fue la pequeña de tres hermanos que crecieron en el seno de una familia humilde, la formada por Iluminada y Crescencio. Los primeros meses de su vida, en Montehermoso; de ahí, pasaron a vivir a Plasencia, donde Paulina y su familia residieron hasta los siete años.

De pequeña ya trabajaba cuidando un rebaño de ovejas: "A mí me han salido los dientes en el campo".

La suya era una familia acostumbrada a los cambios de domicilio ya que el padre de Paulina, trabajaba como guarda en una finca. Eso provocaba que con frecuencia cambiara de parcela y, como efecto colateral, que Paulina no pudiera acudir a la escuela. Aun así, y gracias a la enseñanzas de su padre, la niña aprendió a leer. No fue falta de capacidad sino de tiempo disponible para ello lo que le impidió aprender a escribir, ya que con solo siete años la pequeña ya trabajaba cuidando un rebaño de ovejas: *"A mí me han salido los dientes en el campo"*, relata Paulina.

Infancia sin tiempo para jugar

El ecosistema de la infancia de Paulina estaba formado por las praderas, las ovejas y su familia. Así las cosas, *"no tenía ni tiempo ni ganas de jugar"*.

Una mirada atrás le permite recordar las navidades compartidas con su familia. *"No tienen nada que ver con las de hoy en día"*, relata mientras destaca que en las familias más humildes no llegaban regalos para los niños.

También evoca otro acontecimiento especial: el de su Primera Comunión. La hizo a los nueve años, con la ropa de los domingos y acompañada por su abuela. Al término de la misa se fueron a casa, se cambió de ropa para no estropear su atuendo de los domingos y se fue a jugar con las demás niñas que también habían tomado la Comunión ese día.

Aunque Paulina recibió ese sacramento, recuerda que de pequeña no le gustaba demasiado acudir a misa. En realidad *"iba para que luego me dejasen ir al baile"*. Esa fue una de sus mayores aficiones y aunque aún no contaba con la edad necesaria para ello, como era muy alta y aparentaba ser mayor, lograba que la dejaran pasar. Así fue como Paulina transitó su adolescencia: entre precoces salidas al baile y su entrega a los cuidados del ganado y los cultivos familiares.

A los 23 años llegó un nuevo cambio de domicilio. Toda la familia se trasladó a Pradochano y Paulina siguió ejerciendo su trabajo, tanto allí como en Carcaboso.

Con un golpe de viento, llegó el amor.

Paulina narra el papel del azar en el cruce de caminos con el gran amor de su vida, Victoriano.

Se conocieron en Morcillo, aunque antes de su primer encuentro él ya se había fijado en ella. En concreto, el primer contacto que Victoriano tuvo con Paulina fue a través de su voz, ya que a Paulina le gustaba mucho cantar y bailar mientras hacía las labores del hogar. Un día, mientras Victoriano paseaba, la escuchó desde la calle.



Poco después el joven trabajó junto al padre de Paulina, y, en ese contexto, llegó un primer encuentro que Paulina relata como si hubiera acontecido ayer mismo:

Ella se fue a lavar ropa al arroyo del pueblo. Allí se encontró con varias mujeres que, mientras hacían su tarea, conversaban animadamente. Le preguntaron por su estado civil y con cierta gracia, le dieron consejos amorosos de todo tipo, desde, *"no te cases que se está mejor sola"*, hasta *"tú haz lo que quieras hija"*.

Poco a poco, Paulina y Victoriano fueron descubriéndose y dando forma a una relación que Paulina describe constantemente como el gran amor de su vida.

De repente, arrastrado por el viento, un sombrero cayó en el arroyo. Era el sombrero de Victoriano. Él hizo un gesto para bajar a recogerlo, pero ella le dijo: *"No se preocupe usted, que ya se lo acerco yo"*.

Se miraron.
Y el añadió: *"¡Ay! Tú vas a ser mi mujer"*.

Paulina se quedó sin palabras. No así el grupo de mujeres que presenciaron la escena y que con ironía juguetona le lanzaron comentarios como *"mira a ver Paulina, que Victoriano no tiene mujer"*.

Paulina, respondió con rapidez: "Pues si no tiene mujer, que busque".

Y eso es precisamente lo que Victoriano hizo, postularse. Acudió a la casa de la familia de Paulina, habló con su padre y le transmitió las intenciones que tenía con su hija.

El padre de Paulina, Crescencio, expresó que él quería lo mejor para su hija y por encima de todo, que ella fuera feliz. Por eso consideró que debía ser la propia Paulina quien decidiera si quería o no conocer a Victoriano. Y ella quiso.

Poco a poco, Paulina y Victoriano fueron descubriéndose y dando forma a una relación que Paulina describe constantemente como el gran amor de su vida.

Por entonces, Victoriano, que no tenía padres, vivía con una de sus hermanas. Tenía prisa por casarse, no solo porque era diez años mayor que ella, sino porque estaba también pendiente la boda de su hermana. A su impaciencia, Paulina le respondía *"no corras tanto, que hay tiempo"*. Y añadía entre risas, *"escúchame, si quieres nos casamos las dos parejas el mismo día y ya está"*.

El vestido blanco

Un año después de su primer encuentro, en el año 1964, Paulina y Victoriano contrajeron matrimonio en Coria. Paulina vestía de blanco. No fue una batalla menor lograr que así fuera y que Paulina viera realizada su gran ilusión. Tiempo antes del enlace, Paulina recuerda como acudió junto a su novio y a su madre a comprar las telas para confeccionar su vestido de novia. Ella deseaba que fuera blanca pero su madre se opuso rotundamente en pro de una tela de color oscuro. Paulina lloró por cada rincón de Plasencia gimiendo entre sollozos *"con lo que yo he trabajado y lo que he ahorrado... y ahora que mi sueño es casarme de blanco y no se me va a cumplir"*.

Pero se cumplió. Victoriano detuvo su llanto al contarle que él le compraría la tela blanca que quisiera y añadió *"si tu quieres pasar por el altar vestida de blanco, lo harás"*.

Así fue como, finalmente vestida de blanco, Paulina vivió el día de su boda. Bailaron, rieron y disfrutaron con la familia y los amigos. Paulina lo evoca como uno de los días más felices de su vida.

Parirás con dolor

Dos años después de casarse, nació en la casa de Paulina y Victoriano el primer hijo del matrimonio, Jose Carlos. Paulina, atendida por un médico y un matrón, relata un parto duro y lleno de dolor : *"Pasé tela marinera, dos tiarracos se tiraban encima de mí, lo que me hicieron pasar…"* .

No solo ella sufrió durante el parto. Su bebé José Carlos, nació muy morado. Por fortuna, y según relata Paulina, gracias a la intervención de los médicos, su vida quedó a salvo.

Más tarde tuvo dos hijos más y una hija, Francisco Javier, María Argeme y Victor Manuel. Todo ellos nacieron ya en el hospital y por fortuna sin ningún tipo de complicaciones en el parto.

En cuerpo y alma

Paulina se dedicó en cuerpo y alma a los cuidados de su familia y del campo. Se levantaba muy temprano para *"preparar a los niños y que fuesen a la escuela"*. Después de esto, se iba a trabajar al campo durante todo el día, no sin antes haber dejado preparada la comida y las labores de casa.

Cuando sus hijos fueron un poco más mayores a la salida del colegio colaboraban en las labores del campo. Paulina narra entre risas una anécdota de un día de trabajo en familia:

"Era la época en la que cultivaban tabaco. Al final del día debían colgar las hojas de tabaco en el techo para que se secaran". Como su marido padecía vértigos, esta tarea solía realizarla Paulina, pero a uno de sus hijos se le ocurrió la idea de propiciar que ese día lo hiciera Victoriano. Así es que le dijo a su padre que su madre estaba enferma y que lo tenía que hacer él. Paulina ríe al expresar como *"el pobre fue a subir los peldaños de la escalera, pero quebró, no pudo y cayó al suelo redondo"*.

Sin miedo a nada

Una de las señas de identidad de Paulina ha sido que *"nada se le pone por delante"*. A ninguna edad. De hecho a los 40 años le propuso a su marido que se sacara el carné de conducir para *"poder ir a los sitios con más comodidad. Él se negó y yo le dije, pues entonces me lo saco yo".*

El examen teórico le resultó un poco más complicado pero, con esfuerzo, lo consiguió. No sucedió así con la parte práctica. Entre risas Paulina recuerda que *"antes de obtener el carné de conducir ya tenía coche y lo conducía, tanto que cuando tenía que ir a las clases prácticas iba hasta allí en mi coche"*.

Una vez que obtuvo su permiso de conducir, Paulina llevaba a su familia a todas partes a lomos de su *Renault 13*.

Pero no todo han sido alegrías. Hace 12 años, Paulina se quedó viuda. El fallecimiento de Victoriano fue un golpe realmente duro en su vida, hasta el punto de señalar que *"cada día le echo más de menos. A su lado fui la mujer más feliz"*.

En lo mejor de la balanza, los hijos.

Paulina hace balance de su vida. Se sabe una mujer honrada, sincera, con carácter, fiel a sí misma, a su principios, trabajadora y a quien los golpes de la vida no le impide ver que ha sido muy feliz.

Ser madre ha sido lo más importante de su existencia y aunque quiere muchísimo a sus nietos, *"a mis hijos los he parido"*. Nos cuenta como les ha ayudado en todo lo que ha podido. "*Mi marido y yo siempre hemos estado ahí para ellos cuando lo han necesitado"*. Compartir vivencias con sus hijos le ha regalado sus momentos más felices. Los más duros llegaron de la mano de la soledad en la vejez.



Cuando su marido murió, sus hijos querían que Paulina pasase temporadas en sus casas, pero ella se negó. Prefería continuar su vida con la máxima normalidad posible, seguir realizando sus labores en casa y continuar sintiéndose activa. Paulina siempre lo ha sido y, aunque por la dureza de la pérdida le costase en ese momento mucho más realizar cualquier tarea, se empeñó en seguir adelante.

Cuatro años después de perder a Victoriano, Paulina llegó al Centro de Mayores “San Miguel” de Navalmoral de la Mata. Al principio le costó adaptarse y derramó muchas lágrimas al recordar su añorado hogar y todas las actividades que en él realizaba.

Su ingreso en el centro vino motivado por una fractura de cadera de la que, para recuperarse, fue necesaria mucha constancia. Paulina alude al esfuerzo y a la dedicación que tuvo que emplear para poder ser en este momento una mujer autónoma en las actividades básicas de la vida diaria: se ducha sola, hace su propia cama y camina con su andador hasta las sesiones grupales de terapia ocupacional o fisioterapia. Todo para seguir conservando el mayor tiempo posible sus capacidades físicas y cognitivas.



memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR



mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

MAYORES UDP

MINISTERIO DE DERECHOS SOCIALES Y AGENDA 2030
SECRETARÍA DE ESTADO DE DERECHOS SOCIALES
DIRECCIÓN GENERAL DE DIVERSIDAD FAMILIAR Y SERVICIOS SOCIALES

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Sanidad y Servicios Sociales